

Milena Agus

Alice



Traducción
Celia Filippetto

ALFAGUARA



RESEÑA

Una novela que alimenta nuestras ganas de vivir.

Por la autora que ha conquistado a más de un millón de lectores.

Alice deja su pueblo para iniciar una nueva vida en Cerdeña. Ocupa el piso de su tía, en un edificio frente al mar, y poco a poco encuentra en sus vecinos una nueva familia. En la planta alta vive un anciano violinista, Mr. Johnson. En la planta baja, Anna, una mujer humilde y pródiga en confianza y ternura. También están Giovannino, un niño lo suficientemente sabio para educarse a sí mismo, y Natascia, tan celosa que vive la pesadilla constante de perder a su novio. Cada uno lleva a cuestas su obsesión, su locura grande o pequeña, sus miedos y sus sueños de amor que, a veces, pueden cumplirse del modo más inesperado.

Una gran escritora... Milena Agus consigue atrapar al lector en ese mundo tan original y tan suyo. Mágico. Sexual. Sensible. Humano.

Jacinta Cremades, El Mundo

Para soñar... Milena Agus deja fluir el aroma de su patria sarda en cada página para llevar al lector en un viaje embriagador.

Sonntags-Anzeiger Siegerland

Exquisita sutileza... Milena Agus consigue transmitir una rara y sobrecogedora emoción e intensidad.

Mercedes Monmany, ABC

Un registro literario capaz de ablandar el corazón más endurecido... A Milena Agus le gustan las miniaturas del mundo, los espacios definidos donde nada escapa a la mirada.

Michela Murgia, lo Donna

Sorprendente y notable. Una revelación.

L'Express

MILENA AGUS

ALICE

Primera parte

Capítulo 1

Antes de conocer a la señora de abajo y al señor de arriba la vejez nunca me había interesado. A mis padres no les dio tiempo de hacerse viejos; mi padre se suicidó muy pronto y mi madre ha vuelto a ser una niña. A mis abuelos no los veo nunca y la chica que cuida a mi madre es joven.

De todas maneras, una cosa es segura, ningún viejo habría podido despertar jamás mi imaginación. Ninguno salvo la señora de abajo y el señor de arriba. Y ahora ya no veo la vejez como la oscuridad, sino como un destello de luz, tal vez el último.

Capítulo 2

Hace un tiempo, Mr. Johnson, el señor de arriba, llamó a mi puerta. Vestía con sobria elegancia de gentleman, pero llevaba los zapatos desatados, el dobladillo del pantalón descosido y los calcetines de distinto color.

—Vivo en el piso de arriba —dijo—. Soy su vecino.

—Ya lo sé. Nuestro edificio no ha sido concebido para que no nos cruzáramos.

Tenía algo urgente que pedirme: si por favor podía regarle las plantas, porque él tocaba el violín en barcos de crucero, se iba de viaje y a su mujer le gustaban mucho las flores, sobre todo las rosas y las plantas de guisantes rojos, y se habría disgustado si al regresar llegaba a encontrárselas secas.

—No existen los guisantes rojos, Mr. Johnson, seguramente serán bayas.

Hace unos días, al volver del crucero, llamó otra vez a mi puerta para darme las gracias, se había encontrado las rosas y los guisantes rojos en plena forma, pero no era ése el propósito de su visita. Me preguntó un tanto cohibido si entre mis amigas estudiantes no podía buscarle a alguna que fuera competente y pudiera trabajar de ama de llaves a cambio de alojamiento y comida, porque su mujer se había marchado, tal vez para siempre, y ahora ya no necesitaba una asistenta y punto, sino alguien que se ocupara de toda la casa y no sólo de la limpieza. Como me veía siempre con muchos libros estaba seguro de poder fiarse de mí.

No lo pensé dos veces y fui enseguida a ver a Anna, la señora de abajo, enferma del corazón, pero que anda corta de dinero y todos los días coge dos autobuses para ir al trabajo y dos para volver. Sin duda, trabajar de ama de llaves en el piso de arriba le iba a parecer una suerte.

Esperamos al señor de arriba sentadas en el sofá, la señora de abajo y yo, ella me mira como queriendo decir: «¡La casa del señor de arriba! ¡Ah, la casa del señor de arriba! ¡Has visto qué sol, qué terraza con vistas al mar, qué espejos!».

Una criada con uniforme nos hace pasar y dice: «Enseguida viene».

Después entra Mr. Johnson, vestido con sobria elegancia de gentleman, pero con una manga de la chaqueta rasgada.

—¡Tiene la manga de la chaqueta rasgada! —le advierto indicándole el codo.

Se disculpa y vuelve sobre sus pasos, seguramente para cambiarse, y Anna me mira enojada, pero cuando Mr. Johnson regresa, lleva la misma chaqueta.

—Mr. Johnson —le digo—, ésta es la señora de abajo y estaría dispuesta a trabajar en su casa.

—¡Ah, gracias!

—Mi amiga sabe hacer de todo, cocina, cose, limpia, lava y plancha a la perfección.

—¡Gracias!

—Mr. Johnson, la señora también trabaja en otras casas, pero si usted quiere puede empezar mañana.

—¡Gracias!

—Entonces hasta mañana, Mr. Johnson —por fin habla Anna.

—¡Hasta mañana! —por fin Mr. Johnson la mira y le contesta.

—¡Hasta la vista!

—*See you soon!*

Y nos vamos.

Durante la negociación, que de negociación no tuvo nada, dijo demasiados «gracias», como si estuviéramos allí por hacerle un favor y no por un puesto de trabajo, pero pensamos que se trataba de una rareza suya, como los zapatos desatados, los calcetines de distintos colores, la manga de la chaqueta rasgada. Por eso no nos preocupamos y al regresar de la negociación nos fuimos enseguida a festejarlo a la casa de la señora de abajo, donde siempre es de noche. La luz entra en la casa únicamente a través de una enorme puerta ventana, la de la habitación buena, que sirve también de vestíbulo del apartamento y da a la escalera de servicio, de manera que para tener algo de intimidad hay que correr las cortinas. También en la cocina, en el baño y en el dormitorio siempre es de noche, porque la luz sólo entra a través de unas cuantas ventanitas ocultas por la escalera y que tienen como único panorama los pies de los vecinos del piso de arriba. En la cocina oscura con las cacerolas colgadas de las paredes, los grifos sin mezclador y los estantes llenos de tarros de conservas, mermeladas, verduras en aceite, Anna preparó chocolate con la máquina exprés de bar, que su hija le regaló con su primer sueldo. En el fondo, de todas las cosas que hacen falta, por ejemplo, unos grifos modernos o una instalación de calefacción para el invierno, porque cuando hace frío se forma una nubecita en el aire al respirar, la máquina exprés de bar sería justamente la última, pero la señora de abajo siente predilección por las cosas inútiles y vistosas. La habitación buena, la de la puerta ventana enorme que da a la escalera de servicio, me recuerda la cabaña montada por un naufrago con los objetos lanzados a la orilla por las tempestades: mesas, mesitas, sillas de distintos estilos, algunas con respaldos en forma de animal, otras de hierro forjado, un aparador con los cristales muy enmasillados y una librería sueca, cortinas de brocado rojo oscuro y, detrás, las persianas.

Incluso su nombre, Anna, sobrio y tranquilo, a ella le parece corriente y por eso se ha desquitado con su hija, Natascia, que por el contrario se avergüenza de su nombre porque a ella le hubiera gustado uno normal.

Anna puso la mesa en la habitación buena y sirvió el chocolate en tazas de porcelana china, pero la chocolatera era de Mulino Bianco.

—En cuanto pueda, me compro una chocolatera como Dios manda —se disculpó.

—Con el primer sueldo que te pague Mr. Johnson.

—¡Ay, sí, es una suerte! Ya sabía que iba a ocurrirme algo extraordinario —dijo—, y ahora sé que era ir al piso de arriba. ¿Has visto cuánta luz, los juegos que hace en los cristales de las puertas, te has fijado qué techos más altos? Incluso hay un cuarto para los armarios. Todas las casas de los ricos auténticos tienen un cuarto para los armarios. Y no sólo están los armarios, sino también la tabla de planchar con brazo auxiliar para las mangas, la plancha profesional de vapor, la máquina de coser de esas que bordan y todo. Eso sí, el dormitorio de Mr. Johnson parece el de un monje

trapense, ¿no crees? Una cama, una mesilla de noche, un armario y los violines, violines y atriles. Un monje trapense músico.

—Pero —dije yo— no me gustaron todos esos «¡oh, gracias!». ¿Por qué tenía que dar las gracias? No estábamos allí para hacerle un favor. Además, según me contaron los vecinos, cuando Mrs. Johnson, su mujer, se marchó de casa en un taxi con dos maletas, le dijo «cerdo», y él la alcanzó en el portón y siguió mirándola con ese aire de ensoñación que tiene, mientras el taxista metía las maletas en el maletero.

—*Mischinedd*[1], la mujer lo dejó con la criada *gioja*[2], que durante casi un año se encargó de sacarles brillo a los espejos y los cristales, y lustre a la plata, esperando a que Mrs. Johnson regresara, pero a él esas cosas no le interesaban lo más mínimo. ¿Has visto la nevera?

—La he visto. Parecía salida de *La bella durmiente*, con sus estalactitas, su queso verde por el moho, su leche y su perejil malolientes y sus tomates, ¿has visto los tomates? ¿Y la lechuga marrón? Le he echado un vistazo rápido a la fecha de caducidad de la mantequilla, es de cuando su mujer lo dejó —contesté.

—Su mujer debe de ser de esas que *ta gan'e cagai*[3], mira que hacerse llamar Mrs. Johnson. Es sarda sarda y se quiere hacer la americana.

—Sé que es una sarda muy, pero muy rica.

—Tú siempre lo sabes todo. Eres una *ficchetta*[4]. Has mirado incluso la fecha de caducidad de la mantequilla.

—No soy una metomentodo. Me interesa lo que hace la gente, pero no para chismorrear sino para entender.

—Podrías convertirte en una gran detective, una abogada, una juez. ¿Por qué te has matriculado en Letras?

Capítulo 3

Vengo aquí desde que tenía diez años, desde que ocurrió la desgracia, desde que papá murió y mamá se volvió loca. Venía del pueblo en verano a pasar las vacaciones con mis primos y mis tíos, que eran mis tutores. Mis abuelos maternos habían comprado el apartamento de Cagliari porque creían que la playa me iba a sentar bien. Telefoneaban todos los días para saber si habíamos ido a la playa del Poetto y si yo había corrido y nadado, y le recomendaban a mi tía que tuviese cuidado, que no dejara que me alejase mucho de la orilla, no fuera a ser que me vinieran ideas raras, porque no había que olvidar de quién era yo hija. A mí me preocupaban los demás, tenía miedo de que se ahogaran, y cuando mis primos o mis tíos se metían en el agua y los llamaba, si no me oían, me entraba la desesperación. Llegaba a Cagliari con el corazón en un puño por la emoción, nadie sabía nada de mí, mientras que en el pueblo, si alguien no te reconocía, enseguida te preguntaba: «*Fill'e chini sesi?*», que significa «¿tú de quién eres hija?», y cuando contestaba y decía de quién era hija, ponía cara de lástima. Aquí, en Cagliari, mis tíos también estaban relajados y yo me paseaba con mis primos como si no existieran los peligros, como si los peligros se escondieran únicamente en el pueblo.

Después de la desgracia habría podido irme a vivir con mis abuelos, pero yo era demasiado importante para mi madre, que, en su locura, me buscaba continuamente y me esperaba siempre en uno de los pórticos o de las galerías de la casa, desde donde podía avistarme en cuanto llegaba al portón. Por las mañanas me sonreía como si yo fuera una bonita sorpresa y daba comienzo al ritual del café con leche, pero, cuando quería prepararme el desayuno, untaba la mermelada en el mantel. De todos modos, los abuelos habían roto los lazos con ella, los maternos porque no tenían corazón para ver que su hija no los reconocía, los paternos porque la culpaban del suicidio de mi padre. Se pusieron de acuerdo para que me hiciera de tutora mi tía, la hermana de mi madre, casada y con hijos de mi edad, aunque mi tía nunca se mostraba relajada cuando estábamos en el pueblo y, si daba una pequeña fiesta para mis primitos, siempre se las ingeniaba para que yo no estuviera porque no quería que los invitados se sintieran incómodos. Mi madre se ganó la fama de loca antes de volverse loca de verdad, antes de la muerte de papá, cuando ellos dos eran los únicos que sabían lo de la estudiante de la que mi padre se había enamorado. Hacía muchas pequeñas locuras, intentaba morir imitando a los personajes de la literatura que ella, como profesora, conocía bien. Corría de habitación en habitación golpeándose la cabeza contra las paredes como Pier della Vigna en la *Divina Comedia*, cuando Federico II *stupor mundi* lo había encarcelado pese a ser inocente; o bien iba a lanzarse a los canales de riego, imitando a Ofelia —así se llama mamá—, después de que Hamlet le dijera: «¡Vete a un convento!».

A veces salía conmigo cuando llovía y la calle se llenaba de barro y el viento doblaba los paraguas y los destrozaba. Regresábamos caladas hasta los huesos, ateridas y embarradas.

Era guapa pero se volvió fea, tenía la mirada perdida por los tranquilizantes y bolsas debajo de los ojos de tanto llorar. Ya por entonces no venía nadie a vernos y cuando mamá se decidía a reaccionar, me perseguía y me pedía que le dijera a fulanito o a menganita que vinieran a visitarnos, pero ellos no venían y entonces nos poníamos nuestra mejor ropa y, de la mano, nos íbamos de visita, pero nunca encontrábamos a nadie en casa.

La tía, cuando todavía era mi tutora, no nos invitaba y era yo la que iba a su casa

cuando no había nadie ajeno a la familia y, pese a eso, nunca se hablaba de mí, de cómo me iba en el colegio, de lo que pensaba, de lo que me gustaba. Tampoco se hablaba nunca de mis padres, a papá no volvieron a nombrarlo y de mamá sólo pronunciaban su nombre, Ofelia, para cuestiones prácticas referidas a los arreglos con la chica que la ayudaba, o con los médicos.

De modo que de ellos sólo sé lo que recuerdo de cuando era muy pequeña.

Por el contrario, en Cagliari, y al menos durante las vacaciones, podía existir. Por las mañanas iba a la playa y por las tardes leía libros de rimas infantiles, que aprendía de memoria, porque me gustaba ese mundo donde todo estaba del revés, pero en el que todos se sentían contentos. Y donde todo era bonito. Cuando era niña las palomas no lo invadían todo como ahora ni estaban desplumadas ni eran agresivas sino rechonchitas y sentimentales. Era un gusto oír sus arrullos enamorados, y claro que hacían caca, pero con gentileza. A veces entraba en casa un gorrión enfermo, lo curábamos y después lo soltábamos y se iba volando. Por las tardes flotaba en el aire el perfume de la albahaca y por las ventanas que daban al patio en el cielo se veían juntos la luna pálida y el sol.

Aquí, en la ciudad, conseguía no pensar en mamá cuando le gritaba a papá: «¡Ojalá estuvieras muerto!». Cuando nos lo encontramos colgando del techo, con los zapatos recién lustrados, quedó claro que no lo decía en serio, que no prefería que estuviese muerto. Y se volvió loca de verdad. Con papá todavía de cuerpo presente en la otra habitación, a la espera del entierro, a ella le preocupaba que quienes habían venido a darnos el pésame tuvieran algo de beber. «¿Tenemos algo para ofrecerles? —preguntaba—. ¿Hay zumos de fruta en la nevera?». No se acordaba de que él estaba en la otra habitación, muerto, y quizá pensaba que aquellas personas habían por fin decidido visitarnos otra vez.

Pero nada volvió a ser como antes. Todo había cambiado y los padres de los demás niños no veían con buenos ojos que sus hijos se juntaran conmigo, como si temieran que yo los contagiase. Y yo estaba siempre sola en mi jardín y me había acostumbrado a hablar lo indispensable. Era por eso que en la escuela la maestra me llamaba «la letrita muda». Yo tenía la impresión de que los padres de todos mis compañeros les habían enseñado a evitarme. En una sola ocasión conseguí hacerme muy amiga de una compañera graciosa, que pertenecía a una de las familias más pobres del pueblo, y a su mamá la llamaban *egua*, puta.

La invitaba a mi jardín antiguo y ella me invitaba a comer en su casa y su mamá habrá sido una *egua* pero me quería y en su casa yo siempre tenía hambre, mientras que en la mía o en la de mi tía se me cerraba el estómago, y si comía a la fuerza me daban arcadas. Fue una época feliz, pero después mis tíos seguramente comentarían que debíamos separarnos, porque esa niña no era una buena compañía, y entonces volví a quedarme sola, en el pupitre y en mi jardín, con el perfume de las flores que venía del otro lado de la tapia y la luna que por las noches asomaba entre las ramas de los árboles, como un fantasma blanco en el cielo todavía azul celeste y que aún no se había vuelto azul oscuro. Conocía todas las flores y las plantas, las mimosas que caían en los senderos de grava y los parterres de lilas, de fresias, de ranúnculos, los rosales, la glicina con sus racimos violeta alrededor de la puerta de entrada, el ricino de flores rojas, las vides que crecían detrás de casa, con cuyas uvas el campesino—jardinero hacía un vino magnífico. Porque nuestra casa estaba y sigue estando en las afueras del pueblo, al final de un camino de tierra batida, en las lindes del campo, en una zona de Cerdeña donde las colinas son suaves y en primavera se tiñen de muchos tonos de verde.

Capítulo 4

Aquí, en la casa de Cagliari, yo imaginaba todo tipo de fantasías sobre los Johnson, los vecinos del piso de arriba. No los veía nunca, porque yo sólo venía en verano y, según me contaban las asistentas, ellos se iban a veranear a Cerdeña, pero a playas de moda para los vips. No los veía nunca y los imaginaba muy, pero muy ricos, seguro que eran los mismos Johnson & Johnson de mi gel de baño. Los Johnson sólo vivían en el edificio durante el invierno, porque en Cagliari el clima es apacible, mientras que en las estaciones intermedias vivían en París, donde la señora, que calzaba zapatos de salón y llevaba el pelo recogido en un moño banana atravesado por un alfiler cubierto de brillantitos, renovaba su guardarropa. Tenían una servidumbre muy numerosa. En pirámide. En el sentido de que en lo alto de la pirámide estaban los criados de los que, a su vez, dependían otros criados, y así hasta llegar a la base.

Sus asistentas, de las que me hice muy amiga, me decían que, pese a todo, Mr. Johnson no era un industrial, sino un famoso violinista, y no tenía pinta de rico para nada. Al contrario, parecía *fuliau de sa maretta*, es decir, lanzado a la playa por la marejada. La que era rica era su mujer, que se hacía llamar Mrs. Johnson, pero era sarda sarda, sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, todos sardos. *Su mundu a fundu in susu*, el mundo patas arriba, porque, según decían las asistentas, entre un americano y un sardo, ¿acaso el rico no es siempre el americano? Los criados me hablaban de la belleza de Mrs. Johnson, de lo muy chic y parisina que era y de cómo quería estar delgada y no comía nada de lo que mandaba comprar al mercado y las provisiones sólo se destinaban a los invitados. Le gustaban mucho los buenos modales y durante el almuerzo había que tocar la campanilla de plata aunque estuvieran todos a su alrededor y hubiese bastado con decir en voz alta: «¡A la mesa!».

Estaba arrepentida de haber comprado la casa aquí, en la Marina, un barrio pobre habitado por náufragos de Pakistán, Bangladesh, Senegal, el Magreb y China. Donde la ropa recién tendida te goteaba en la cabeza y donde no había manera de quitarte de encima el olor a ajo, a fritanga, a especias, a nafta y a pis y, cuando por fin olías un perfume, era la fragancia de las Flores de Asia. Un barrio donde los blancos, los amarillos y los negros gritaban asomados a las ventanas y, cuando hacía calor, las mujeres sacaban sus taburetes y se sentaban delante de los portoncitos abiertos de aluminio anodizado, que permitían entrever escaleras estrechas y oscuras por las que había que pasar de uno en uno, y donde, a la hora de la plegaria, el almuédano hablaba desde los altavoces y todos ocupaban la calle delante de un apartamento destinado a mezquita. Pero, eso sí, se jactaba de las vistas al puerto.

Había también un hijo, un Johnson júnior, aunque las asistentas nunca lo habían visto.

Ellas me llamaban desde las ventanas del piso de arriba cuando veían los barcos llegar o partir, porque sabían que a mí me volvían loca, y cuando trabajaban en la terraza, donde había y sigue habiendo una pila para lavar la ropa, de esas que se usaban antes de que llegaran las lavadoras, con la tabla de madera con sus ondulaciones y una barra bien grande de jabón, me daban un trapito y yo lo restregaba inclinada sobre él. O bien me llamaban cuando el reloj de cuco de los Johnson, comprado realmente en Suiza, daba las doce. A las doce menos diez me sentaba allí delante y esperaba a que asomara aquel pajarito maravilloso.

Mrs. Johnson era hija de un constructor, aquí en la Marina decían *unu priogu resuscitau*[5], porque era un pobre diablo que se hizo riquísimo construyendo casas grises, cuadradas y tristes, rodeadas de prados pelados al cero donde crecían unos

arbolitos de copas grises, cuadradas y tristes. Mrs. Johnson no había elegido una de las casas de su padre sino que había comprado esta otra en la Marina, a unas herederas que querían deshacerse de ella para acabar con la maldición que pesaba sobre las mujeres de la familia, recluidas en el edificio y condenadas a comerse el corazón para no dejarse embargar por los sentimientos. Con las dos últimas herederas desaparecía para siempre el apellido y, con el reparto y la venta del edificio, concluía por fin su historia. Las herederas confiaban en que el edificio albergase historias más alegres. Me pregunto si las nuestras, las de sus nuevos habitantes, lo son.

Es un edificio rico en un barrio de casas pobres; está formado por dos eles mayúsculas que, unidas por el lado más corto, forman una herradura. De los dos lados largos de las eles, uno da al puerto y el otro, al barrio de la Marina; el lado corto da a una placita. En el interior hay un patio del que parte una escalera con balaustrada de piedra que lleva solamente a la planta alta, la de los Johnson, y oculta las ventanas de la casa donde, en otros tiempos, vivían los criados, y más tarde, Anna y Natascia. Los Johnson compraron una planta completa y pueden asomarse a todas partes, al patio, al barrio y al mar. También son dueños del apartamento donde antes se alojaba la servidumbre, justamente donde arranca la escalera y donde viven Anna y Natascia. Los Johnson pueden acceder a través de la entrada principal y del patio; Anna y Natascia lo hacen exclusivamente por la de servicio. Como todos los demás, yo entro por la entrada principal que da a la calle. Vivo en la ele sin vistas al mar. Un largo pasillo separa las habitaciones de la derecha, que dan a la calle, de las de la izquierda, que dan al patio. La habitación buena de Anna, la que ella llama precisamente *s'aposentu bonu*, yo la veo desde la cocina y el baño, mi cuarto preferido, con azulejos blancos y negros, la bañera con asiento, dos viejas mesillas de noche idénticas, dos espejos, una estantería hecha en casa con los frascos de champú, el secador de pelo, las toallas y cosas por el estilo, un arcón donde guardo el jabón para lavar la ropa y los trapos de limpieza. Las habitaciones de la derecha, que dan a la calle, están decoradas con muebles pasados de moda, estilo años cincuenta, de cuando mamá y mi tía eran pequeñas; el dormitorio es de madera lustrada, tiene un armario larguísimo con espejos en todas las puertas; el comedor dispone de aparador y alacena a juego y el sofá y los silloncitos son rojos de lana rizada. De las paredes cuelgan fotos de mamá y de mi tía cuando eran niñas y también las mías y las de mis primos y mi tío, siempre de cuando éramos niños. Quien no supiera nada de nuestra familia al mirar las fotos no sabría quién es mayor y quién pequeño, quién el hijo y quién el padre, de manera que podría ajustar el tiempo a su antojo.

—No estés siempre con las criadas de los Johnson —me reprochaba mi tía—, de tanto oír hablar sardo, al final del verano ya no sabrás hablar italiano. Y no hagas tantas preguntas. ¿Por qué haces tantas preguntas sobre la vida de los demás?

Porque creía que así, relacionando los hechos, los hechos puros y simples, entendería las cosas que me resultaban incomprensibles, sobre todo después de que papá se había matado y mamá se había vuelto loca. Pero ¿existen los hechos puros y simples?

Capítulo 5

Cuando entré en la universidad me vine a vivir aquí, donde de niña pasaba mis vacaciones.

Desde el baño y la cocina oigo los pasos del señor de arriba que baja las escaleras con los zapatos desatados.

El dinero que le ofrece a Anna es poco, pero ella va de todos modos a hacerle la limpieza cuando termina de trabajar en las otras casas, a eso de las seis de la tarde. No se cansa menos que antes y no gana mucho más. Cocinar, cocina en su casa la cena y el almuerzo del día siguiente, para ella, para Natascia y para Mr. Johnson, que es vegetariano, y si tengo suerte, también para mí, y si tienen suerte, también para los pobres blancos, amarillos y negros del barrio. Me gustan el perfume de la albahaca, el olor de las tortillas y de los caldos de verduras, o del cocido mixto, o de los pasteles para el desayuno. Cuando Anna vuelve al piso de abajo, a eso de las nueve de la noche, ella y Natascia cenan y, si la luz de mi cocina sigue encendida, Anna se asoma a la ventana y me pregunta: «*Unu zicchedd'e suppa?*», «*Pasta cun bagna?*», «*Culingionis?*»[6].

Yo le digo siempre que sí, aunque haya cenado, porque en casa de mis vecinas siempre tengo hambre.

Ellas dos no paran de discutir por el señor de arriba.

—El violín. ¡Ah, el violín! —empieza Anna—. Vosotras sólo podéis oír alguna que otra nota ahogada por los ruidos. Pero ¡arriba! ¡Ah, arriba! ¿Me creéis si os digo que ni siquiera me doy cuenta de que estoy trabajando? ¡El alma vuela con la música!

—¡El alma vuela! —la imita Natascia.

—¡Toca en barcos de crucero! Debe de ser un gran violinista. ¡Ahora se va al Caribe!

—Si a su edad sigue tocando en barcos de crucero y va por ahí con ese coche que tiene que es una chatarra, de gran violinista tiene bien poco. Es un tipo raro, un vagabundo desastrado y maloliente —sigue contradiciéndola Natascia.

—Es verdad, no huele bien. Tampoco mal. Eso es porque se ducha por las mañanas, se lava de la cabeza a los pies, y después si suda o lleva puestos los zapatos mucho rato, no se lava donde ha sudado. Espera al día siguiente, cuando vuelve a lavarse de la cabeza a los pies.

—Además, nadie va a visitarlo.

—¡Claro! ¿Dónde va a encontrar a alguien a su altura, tan bueno como él? Los ojos. ¡Ah, qué ojos! No es que a mí me importen sus ojos, pero ¡qué alegres y sonrientes son los ojos del señor de arriba! Es como si te pidieran ayuda. Y yo, a Mr. Johnson quisiera ayudarlo, porque, aparte del violín, nada le sale bien, ni siquiera encontrar el contador de la luz, que está ahí, en la entrada, o la llave de paso del agua, que es una manija que está bien a la vista en el baño principal. Por no saber no sabe ni hacerse la maleta. Aunque, pensándolo bien, yo tampoco sabría hacerme la maleta.

—Pero tú nunca has viajado, en cambio él siempre está de gira por todo el mundo.

Lo primero que hizo Anna para Mr. Johnson, que de nombre se llama Levi y más que nombre parece un apellido, fue prepararle de comer, porque él se alimenta como un

niño pequeño, compra chocolatinas Duplo en los puestos de la calle, cucuruchos de patatas fritas, palomitas y avellanas, se pone azúcar en la leche, unta todo lo que come con unas salsas de colores que vienen de Estados Unidos.

Lo segundo que hizo fue ordenarle los trajes, que no tienen un solo bolsillo sin agujeros ni un solo dobladillo que no esté descosido y colgando. En una ocasión en que él salió vestido de punta en blanco, ella me llamó enseguida por teléfono para decirme:

—¡Asómate a la ventana, *chi su meri e' bessendi tottu allicchiriu*[7]!

Entonces yo me fui corriendo a la cocina y lo vi, para variar, bien arreglado, y la verdad, tiene mejor pinta que los buenos mozos viejos y famosos como Sean Connery, Clint Eastwood o Paul Newman, porque está delgado aunque coma todas esas porquerías.

Tiene ojos azules, a veces verdes, según la luz, y a pesar de sus muchas rarezas se nota que no está loco y que nunca enloquecerá, porque es un hombre fuerte, sencillo, de una bondad que está por encima de todo, y que influye en todo y en todos. También se nota que nunca se hará viejo, porque claro, tiene sus arrugas, pero no le dan ese aire ceñudo típico de la vejez. Y su expresión de asombro no es de tonto, sino de persona simple, de una simplicidad de síntesis, que es, sin duda, fruto de cambios muy complicados.

—¿Por qué con todo el trabajo que haces aceptas ese sueldo de miseria? —le reprocha Natascia a su madre. Además, está preocupada por esa palabra de la que le hablaron los vecinos: «Cerdo».

—Cuánto drama por unas revistas pornográficas —dice Anna, encogiéndose de hombros.

—¿Lee revistas pornográficas a su edad? Entonces es un viejo vicioso, no te quedes en la casa con él. En cuanto llegue, tú baja inmediatamente —se alarma su hija.

—En primer lugar, a los setenta años no se es viejo —protesta su madre—, y las revistas pornográficas no son nada del otro mundo, unas cuantas mujeres feúchas de cara que tienen buen cuerpo y lo exhiben.

Un día, cuando Anna estaba limpiando en otra casa y Mr. Johnson ya se había ido al Caribe, con la excusa de las plantas, subí al piso de arriba. Ya sabía más o menos dónde podían estar las revistas y las encontré enseguida, en su dormitorio de monje trapense, dentro del estuche vacío de un violín.

Anna sólo pudo encontrarlas por su manía de limpiarlo todo a fondo y seguramente habrá ido a una tienda de instrumentos musicales para preguntar cómo se les saca brillo a los violines.

Esas revistas cuentan historias que, de ser ciertas, serían tristes. Por una historia más o menos parecida, vivida en serio, mamá se volvió loca. Y papá se quitó la vida.

Una de ellas habla de un muchacho casado con una mujer de carrera, que anda siempre tan ocupada con su trabajo que nunca está en casa. La suegra intenta ayudar a su hija y termina yendo a casa del yerno a planchar, lavar y cocinar. Total, que el marido se encuentra con ese pedazo de supertetona madurita, pero de carnes firmes, toda despechugada porque lleva ropa de trabajo dada de sí. Un día el yerno está acostado en el sofá y entonces la suegra le lleva una taza de té y se le acerca tanto que él le ve esas tetas que harían resucitar hasta a un muerto. Y él está muerto, porque nunca hace el amor con su mujer, demasiado ocupada con su carrera. Así que está

claro que pierde el control.

Otra historia habla de un hombre riquísimo y viejísimo que tiene una mujer joven que está como un tren y va superescotada. Este señor riquísimo acostumbra a invitar a los clientes con los que hace negocios a unas cenas fastuosas en las que se sirven unos platos carísimos. Su mujer se sienta a la mesa con un vestido ceñido como un guante, de una tela ligera, y se nota que debajo va desnuda. Los invitados no prestan atención a las propuestas del industrial y sólo tienen ojos para las formas provocativas de la mujer, así que terminan firmando contratos muy, pero que muy ventajosos para el marido, prácticamente sin leerlos.

Desde que ocurrió la desgracia, tengo como una especie de imán en la cabeza que atrae y retiene las instrucciones para convertirme en una máquina de guerra del sexo. He decidido que cuando tenga un amor, no me abandonará por otra que sea mejor que yo en la cama.

La chica de la que se enamoró mi padre recibía clases particulares de mi madre, que solía aceptar algún alumno cuando salía de trabajar en la escuela. Él se lo contó todo a mamá, porque tenía esa costumbre. Una vez, escondida detrás de la puerta, vi a mamá de rodillas rogándole a papá que le dijera qué tenía aquella chica mejor que ella. Era sólo más joven, ¿o había algo más? Papá intentaba hacer que se levantara y no le contestaba, pero en un momento dado le dijo: «Perdóname, Ofelia, pero es sencillamente una máquina de guerra del sexo, se me pasará, ya lo verás, estas cosas se pasan enseguida».

A Anna le gusta trabajar en el piso de arriba y no le importan nada ni el sueldo injusto y miserable ni las revistas pornográficas. Al parecer, a ella lo único que le importa es el cuarto de los armarios.

Antes de que Mr. Johnson se fuera al Caribe, Anna le escribió en una hoja sus datos bancarios, pero la transferencia con el sueldo no llegaba y en una ocasión me la encontré llorando. La abracé y le dije que recibiría el dinero en cuanto Mr. Johnson regresara, porque ¿dónde podía haber metido la hoja con los datos bancarios alguien como él? Entonces a Anna se le escapó la risa, intentó contenerse y me dijo que no permitía que nadie se burlara del señor del piso de arriba, y después me rogó que no le dijese nada a Natascia.

Pero la hija, siempre dispuesta a impedir que su madre se metiese en líos, se dio cuenta por muchos detalles de que el sueldo no llegaba, así que consiguió hacer confesar a su madre; averiguó en qué compañía de navegación trabajaba Mr. Johnson y lo llamó por teléfono al barco para preguntarle por la transferencia.

—*I'm desolate*. En mi vida he hecho una transferencia.

—Entonces mande el dinero a través de Western Union.

—¿Western Union?

—Usted lleve el dinero a un banco que tenga el cartel de Western Union; allí, en el puerto de Miami, habrá bancos, ¿no? Le darán un código, usted me lo manda a mí, que siempre tengo el móvil encendido, yo se lo doy a mamá, y ella irá al Banco di Sardegna a retirar el dinero.

—Miss Natascia, le ruego que me disculpe, pero yo el dinero lo guardo en la maleta. Le prometo que en cuanto regrese le daré a su madre el doble de lo que le debo, pero en

metálico.

—¿En una maleta? ¿Cómo se le ocurre, Mr. Johnson? Nadie lleva tanto dinero en una maleta. Se lo pueden robar.

—Siempre lo guardo así. Aquí en el barco nadie roba. Son todos honrados.

Al regresar del Caribe, Mr. Johnson llamó a la puerta de la señora de abajo, la miró con bondad y ternura, como hace él, y le habló de aquellas islas que no son más hermosas que Cerdeña. Al contrario.

Y entonces depositó sobre la mesa el dinero que le debía, un montoncito de dólares, el sueldo, y al lado puso otro montoncito de dólares para duplicarlo tal como había prometido.

Anna no quería dos sueldos y le devolvió uno a la fuerza, tras un exasperante tira y afloja. Pero al día siguiente encontró el montoncito de dólares que faltaba en un sobre de plástico, colgado del picaporte de la puerta ventana.

—¿Y si alguien lo hubiera robado?

—No, aquí no roban. La gente es honrada —le contestó Mr. Johnson, categórico.

Anna me habló de estas cosas sin mirarme y con unas sonrisitas misteriosas. Me dijo que el señor de arriba descubrió que, cuando él no estaba, ella se quedaba a dormir en su casa. Entonces le propuso que continuara haciéndolo ahora que él había regresado.

Aunque ya no hace tanto frío, Mr. Johnson lleva un grueso chaquetón que se compró en un crucero por el Círculo Polar Ártico. Anna dice que es porque no sabe dónde meter las llaves, el dinero y vete a saber qué más, y ese chaquetón al menos tiene muchos bolsillos.

Su ropa debe de venir con un imán incorporado, porque se le pega siempre de todo e incluso las suelas de sus zapatos deben de tener un imán para las cacas. Dan ganas de decirle: «¡Camine bien! No se apoye en todas partes, que después siempre se le queda algo pegado. ¡Átese esos zapatos!». O bien: «¡Pero fíjese qué pantalones lleva! ¿No ve que tiene el dobladillo todo sucio de tanto pisárselo al caminar?».

Una mañana muy temprano apareció en el dormitorio de Anna y le preguntó qué le apetecía desayunar. «Un té», le contestó ella. Y él le llevó una taza en la que flotaban la bolsita y unos trocitos de papel con la marca escrita. Además, Mr. Johnson tenía puestas unas pantuflas falsas. Al andar iba dejando un reguero de migajas de cartón o algo por el estilo que ella después recogía. Así que Anna fue a revisar las pantuflas y comprobó que eran falsas, en el sentido de que sólo llevaban la parte de arriba, sin la suela, es decir, que servían más que nada para cubrir los pies.

Mr. Johnson también hace un montón de cosas raras, por ejemplo, nada más sentarse a la mesa, se anuda la servilleta al cuello, pero se la quita en cuanto se lleva la comida a la boca. Anna nos cuenta estos detalles como si se tratara de proezas, porque él es un genio de la música y los genios no hacen cosas normales como el común de los mortales. En una palabra, que está en pleno cuento de hadas, y Natascia se desespera, sobre todo porque sabe que su madre no se está tranquilita a la espera de que lleguen los encantamientos, sino que intenta echarles una mano con su varita mágica personal y se mete en líos.

Mr. Johnson es apuesto, la verdad. Delgado, con la piel tan pegada a los músculos que

de lejos aparenta veinte años menos. Ante todo, y a pesar de los zapatos desatados y las chaquetas raídas, no es un tipo ordinario. En cambio, Anna sí que lo es, sobre todo por las piernas, que se le hinchan a causa de su enfermedad. Cuando baja, el taconeo de sus pasos es animoso, pero a la que sube un tramo de escaleras cae rendida en el sofá, desparramando a su alrededor las bolsas con la compra.

Guapa o no guapa, vieja o no vieja, ha gastado un dineral en comprarse ropa interior en un sex—shop de aquí, de Cagliari. Lo descubrí un día cuando me llamó por teléfono y me pidió que le buscara algo en un cajón; ella estaba planchando en casa de Mr. Johnson y no se sentía con ánimos de bajar las escaleras y volver a subirlas. Me equivoqué de cajón y encontré una túnica calada con unos agujeros de siete u ocho centímetros, después vi un conjunto rosa y negro, un sujetador carioca que realza mucho las tetas, bragas abiertas en la parte de abajo para facilitar la penetración y unos cubrepezones con colgantes de brillantitos, corazones de acero y dados, un taparrabos hecho únicamente con perlitas multicolores, un body con una braga casi inexistente y unas tiras estrechísimas que se atan a la espalda, camisetas de encaje cortísimas que apenas tapan el ombligo. Todos artículos de la marca Cottelli Collection, todavía en sus cajas, por tanto nunca usados, que cuestan un dineral, porque vi los precios en los comprobantes, la túnica setenta euros, el taparrabos de perlas cincuenta. De manera que Mr. Johnson le pide a Anna que tenga relaciones sexuales con él. De lo contrario, ¿para qué se ha comprado esa ropa interior y luego dice que haría lo que fuera con tal de vivir en el piso de arriba, hasta desnudarse o quedarse en cueros y caminar a cuatro patas?

Tras la adquisición de los artículos eróticos empezó a ahorrar en otros sectores. En el sector alimentación, por ejemplo, las provisiones han quedado muy mermadas. Quizá nos lo parezca así a mí y a Natascia, porque lo que es ella se muestra orgullosa de esas provisiones. «¡Ah, mis provisiones!», dice.

Pasta, latas de tomates enteros pelados, pan, azúcar, café, té. Se acabó el cocido mixto. En la nevera sólo hay productos lácteos y verduras. Creo que a lo mejor ella también se está volviendo vegetariana como Mr. Johnson.

Él le ha explicado el daño que les hacemos a los animales, estamos convencidos de que no sienten dolor, de que no entienden. Pero no es así, sienten y entienden como nosotros. Mr. Johnson pasó su niñez en Oklahoma, con toros, vacas, terneros, caballos, perros. El alambre de espino de las cercas estaba electrificado para que las vacas no se escaparan de la hacienda; en cuanto una de las vacas recibía una descarga, las demás ya no se acercaban, ¿acaso no era ésa una prueba del hecho de que entre ellas hablaban? Mr. Johnson le juró que en cierta ocasión vio llorar a un ternero cuando lo subían a un furgón con destino al matadero. Natascia observó el cambio de Anna y notó que, al principio, su madre compraba verdura para el piso de arriba y animales para el piso de abajo, más tarde decidió comer únicamente aquellos animales que, según ella, no piensan, como las gallinas, porque es sabido que tienen cerebro de gallina, o bien los gansos, porque es sabido que son unos gansos. Pero a medida que fueron pasando los días, también en el piso de abajo empezaron a servirse cada vez más tortillas, sopas y flanes. Para ponerla entre la espada y la pared y obligarla a confesar, Natascia le preguntó:

—Mamá, ¿cuándo preparas algo de carne? ¿O es que ya no compras carne?

—El marido de una amiga mía es verdulero ambulante y me regala mucha verdura que le sobra, yo quito lo que está pasado y dejo lo aprovechable, así ahorramos. ¿No te gustan los nuevos platos que guiso? ¡Es alta cocina! ¡Langosta hervida con puré de

patatas en salsa de albaricoques y aceite con guindillas, pero sin langosta! ¡Tronco de salmón a la plancha con manzanas, nabos y col, pero sin salmón! ¡Crema de habas con sus verduritas del huerto y chipirones hervidos, pero sin chipirones! ¡Liebre en papillote con peras, sin la liebre en papillote!

—¿Me tomas el pelo?

—Yo no le tomo el pelo a nadie. ¡Fíjate en Mr. Johnson, a él le enloquecen mis verduras!

Capítulo 6

Nadie ha visto nunca al hijo de los Johnson. En las fotos sólo sale cuando era niño. Anna no hace preguntas por miedo a que tras esas fotos se oculte alguna historia desagradable. ¿Por qué el niño nunca se ha hecho mayor? ¿Por qué en las fotos aparece siempre con gente distinta, grupos de muchachos que lo mecen con aire alegre y que no tienen ninguna pinta de ser ni Mr. ni Mrs. Johnson?

Aquí en la Marina saben que Johnson júnior está vivo, en Nueva York, o tal vez en París, o tal vez en Milán, pero ni siquiera en las tiendas de ultramarinos donde Mr. Johnson hace la compra han conseguido sacar nada en limpio de las respuestas que él da cuando le preguntan por su hijo.

Así que en cierta ocasión en que subí a ocuparme de las plantas y me encontré con Mr. Johnson, señalé una de esas fotos y le pregunté:

—¿Es su hijo?

—No, es mi nieto —contestó Mr. Johnson con una amplia sonrisa, cogiendo la foto enmarcada y tendiéndomela para que la viera de cerca.

—¿Él también es americano?

—Sí, pero ahora vive en Milán, con mi hijo.

—¿Y su madre?

—No la conozco.

—¿También es americana?

—Vive en Estados Unidos. No sé si es americana.

—¿Y nunca vienen a Cagliari?

—¡Ahora que seguramente mi mujer ya no vuelva, se vendrán a vivir conmigo!

—¿Su mujer y su hijo no se llevaban bien?

—Mi hijo se lleva bien con todo el mundo.

—¿Y a qué se dedica su hijo?

—Enseñó italiano en Nueva York, después inglés en París, después francés en Milán, y ahora enseñará aquí.

—¿Inglés? ¿Francés?

—No se lo he preguntado.

—¿Es muy bueno con los idiomas?

—¡A fuerza de viajar!

Para no resultar excesivamente indiscreta, ya no le pregunté nada más, también porque Mr. Johnson se tomaba las preguntas al pie de la letra y me daba unas respuestas brevísimas.

—Ahora mi madre tendrá el doble de trabajo y se lo hará gratis —se atormenta Natascia—. Y además existe el peligro de que se enamore, ¿me comprendes? Se presente quien se presente, ella cree que es por fin el príncipe azul que la llevará, mejor dicho, que nos llevará, porque en su cuento de hadas me incluye también a mí, lejos de aquí, a una casa llena de luz. Pero después la que sale perdiendo es ella. Siempre la misma historia, llega un momento en que a todos sus amantes les lleva bolsas de comida, les compra camisas, calzoncillos y calcetines. Los peores fueron justamente los artistas, un pintor y un cocinero. Al pintor se lo compraba todo ella, los colores, los pinceles, las telas. Pintaba unos cuadros horribles, pero mi madre había perdido la cabeza por él. Esos dos hombres eran unos pobres diablos, pero con una casa mejor que la nuestra, en la que ella aspiraba a instalarse conmigo. La casa del cocinero estaba detrás del restaurante y tenía un jardincito, una parcelita en la que asomaba un limonero esmirriado; el pintor tenía una terracita.

—¿Y cómo terminaron?

—Con el pintor terminó un buen día que, mientras ella le lavaba los calzoncillos, descubrió una mancha de pintalabios, y mamá se vestirá como una payasa pero nunca se pinta los labios. Él no lo negó. Ni siquiera tuvo ganas de inventarse que era una mancha de ténpera. Pobre mamá, primero la usan y después la tiran. Empezando por mi padre. Pero ella nunca la toma con nadie, los justifica, carga con las nuevas mujeres de sus ex. A la otra hija de mi padre, a mi hermanastra, siempre le hace un regalo por su cumpleaños y por Navidad, porque, «*mischinedda, no tenni curpa de nudda sa pippia!*»[8].

—¿Y con el cocinero? ¿Por qué dices que él también era un artista?

—Porque no se limitaba a seguir las recetas, sino que se inventaba otras de lo más raras pero riquísimas. Lo sé porque mamá siempre traía a casa las sobras. Pero una vez quise darle una sorpresa y fui al restaurante. Ella no estaba. La vi llegar de lejos, con la lengua fuera y sus zapatos deformados, cargaba con unas bolsas enormes de la compra. «Me habías dicho que servías las mesas», le grité, cogiéndole las bolsas. «Es sólo por hoy, hija mía. ¿Cómo iba a hacerme cargar con tanto peso él, que sabe lo delicada que estoy del corazón? Es sólo por hoy, que ha faltado el aprendiz.» Aquello me olió mal, así que la seguí otras veces y descubrí que no había ningún aprendiz y que la bestia de carga era mi madre. Para que entendiera que me había enterado, un día estampé contra el suelo el plato con las sobras del restaurante. «¿Por qué no carga él con tanto peso?», le pregunté después. «Porque tiene que pensar en las nuevas recetas. La suerte del restaurante depende de lo novedoso de los manjares. ¡Ah, qué manjares! ¡Qué manjares sabe inventar!» Encima lo defendía, a ese delincuente.

—¿Y después qué, la convenciste?

—¡Qué va! Siguió trabajando hasta que él se enamoró de una camarera joven y guapa. Yo veía a mamá cada vez más triste, ella que siempre es tan alegre. Así que un día decidí con mi novio comprobar qué pasaba, fuimos a cenar al restaurante y nos quedamos hasta que ya se habían ido todos los clientes. El artista—cocinero se sentó a una mesa con una camarera, hablaba sin parar, le servía vino. Mamá, con la cofia calada hasta las cejas, recogía los platos y los fregaba en la cocina. Para que no se muriera de vergüenza, nos despedimos, salimos y la esperamos fuera, confiando en habernos equivocado, confiando en verla salir con él. Pero no. Salió sola y la envolvió la noche. «Si sigues trabajando para ese delincuente, me voy de casa», la amenacé. Y ella, que estaba triste, se alegró y nos cogió del brazo, a mi novio y a mí, y al día siguiente volvió a hacer limpiezas en las casas como si tal cosa.

—¿Tú crees que tu madre, además de estar enamorada de la luz, del cuarto de los armarios, de las paredes de seda color púrpura y del violín, pueda llegar a enamorarse también de Mr. Johnson?

—Puede ocurrir. El señor de arriba es rico, pero rico rico. Y además, artista; esta vez, se trata de un verdadero artista. ¿Sabías que a él también le hace la compra con su dinero, es decir, con nuestro dinero? Ojalá que esa palabra, «cerdo», que han oído los vecinos, no signifique nada y que mi madre sólo se dedique gratuitamente a hacer de sirvienta. No hace falta mucho para que mi madre se enamore, basta con una sonrisa, un gesto amable, un jardincito raquíptico, un cuarto extra. Imagínate tú un piso entero. Por lo demás, ella se las apaña sola con la fantasía, y cuando las historias terminan, o, para ser más exacta, cuando los hombres la dejan, al poco tiempo se le olvida todo, se lanza de cabeza a un nuevo amor y se mete en nuevos líos. Con el señor de arriba ocurrirá lo mismo. Mi madre no ha aprendido nada. He leído, no sé dónde pero me ha quedado bien grabado, que en el siglo XIX, en una isla en medio del océano, había una industria que producía aceite de pingüino. Mataban a palos a los animales y después los echaban a un caldero humeante para que se disolvieran. Parece ser que los pingüinos recibían siempre a sus verdugos dejándose acariciar. ¿Cómo es posible que esos bichos imbéciles no aprendieran nada de los chillidos que pegaban sus compañeros cuando los hervían vivos? Como mi madre. Mr. Johnson será su próximo verdugo y ahora ella lo recibe dejándose acariciar. ¿Te has fijado en que lo llama por su nombre de pila, Levi? Levi esto, Levi lo otro, Levi lo de más allá. ¿Te has fijado en cómo se emperifolla para subir a hacer la limpieza? Se viste como para ir de fiesta. ¿Y su porte de reina cuando él la acompaña en ese coche que es una chatarra? Pobre mamá, es feliz como esos pingüinos antes de que los echaran en el caldero humeante para hervirlos vivos.

—¿Qué tiene de malo que vuelva a soñar? Los verdugos de esos pingüinos los habrían matado a palos y disuelto dentro del caldero humeante de todos modos, aunque los bichos los hubiesen recibido con sabia frialdad. Tú no aprecias a tu madre.

—Te equivocas, la aprecio mucho. El caso es que a mí me gustan las cosas normales. ¡Cómo me hubiera gustado tener una familia normal! Lo que más me gusta de la vida con mamá es cuando la acompaño a comprar aceite del bueno y huevos a un pueblo de aquí cerca, cuando cantamos mientras hacemos la limpieza de primavera. En cambio, ¿sabes qué efecto me producen sus sueños? Me dan miedo.

Mientras Natascia me habla, pienso que cuando vaya al pueblo a ver a mamá, traeré flores de nuestro jardín para Anna y Natascia, muchísimas flores, pese a que vuelvo en el autobús de línea.

La primera vez que lo hice con Anna ni siquiera habíamos hablado, toqué el timbre y al notar que me ponía roja de vergüenza, le entregué deprisa un ramo de narcisos, las flores invernales más hermosas, a la que entonces para mí no era más que la señora de abajo.

—Buenos días, soy su vecina del otro lado del patio, he visto que ha hecho limpieza a fondo. En el pueblo tengo un jardín con muchas flores y nadie las disfruta, porque yo estudio aquí y mi madre ya no está en sus cabales.

Ella me hizo pasar y me preparó chocolate con la máquina exprés de bar y puso los narcisos en un florero grande de cristal, en la habitación buena.

—Los pongo en este florero. Bonito, ¿no? ¡Es de Bohemia! —dijo con orgullo.

Desde entonces me acogió como *fill'e anima*, que quiere decir «hija del alma», pero aquí en la Marina, las mujeres, cuando tienes un poco de confianza con ellas, te acogen enseguida como *fill'e anima*, e incluso antes de hacerme amiga de Anna, a veces me encontraba en la puerta de casa platos de cuscús, falafel, kefta, tajín, y cuando nos cruzábamos, al verme tan joven y sola, las mujeres me decían: «*mischinedda!*», cada una en su idioma, y me preguntaban: «¿Todo bien, hija mía?». Y yo contestaba: «¡Bien! ¿Y tú?». «*Ma shaa Allah!*», que significa «que sea lo que Dios quiera». Anna me enseña lo que deberían haberme enseñado mi madre y mi tía.

De tanto hacer limpiezas, Anna ve suciedad en todas partes y cuando viene a casa me lo hace notar, que nadie me ha enseñado nada, y no soporta ver las chapuzas que hago. «*Deu, scetti chi ti biu...*», que significa «Te veo y es que...». A mis limpiezas ella las llama limpiezas sucias, que son esas que se hacen cuando se friega el suelo de toda la casa con la misma agua, o cuando se cambian las pelusas y los pelos de un sitio a otro sin recogerlos, o cuando se quita el polvo alrededor de los objetos sin apartarlos. También me enseña buenas costumbres, por ejemplo que no me vaya a la cama sin haber lavado los platos, fregado el suelo de la cocina y dejado en el hornillo la cafetera preparada para hacer el café y el cazo con la leche, porque al despertar debo encontrarme con un ambiente acogedor y estar fresca y descansada para la universidad, y no cansarme de buena mañana con las tareas del hogar. Después, cuando me he tomado el café con leche, debo dejar la taza y la cucharita del azúcar en el fregadero con agua, de lo contrario, al regresar de la universidad, cansada de veras, me encontraré la cucharita pegada a la taza y la taza pegada a la mesa, y en la mesa un cerco que luego no hay manera de quitar.

Ahora que he aprendido, pienso que tiene razón y me encanta sentarme delante de la taza de café con leche sin tener que apartar los platos sucios de alrededor, y volver de la universidad sin encontrarme con esas tristezas pegajosas.

Y ahora yo también veo suciedad donde nunca la había notado, en las tapas de los interruptores de la luz, en los auriculares de los teléfonos, en los picaportes, en los pliegues de las gomas de las neveras, en las plaquitas de los porteros automáticos, alrededor de los mandos de las cocinas de gas, y, aunque esa suciedad no tenga nada que ver conmigo, enseguida me entran ganas de coger un trapo y ponerme a limpiar.

Anna está enferma del corazón, tiene una cardiopatía coronaria de tres vasos, debería parar, curarse, pero ella se mete una pastilla debajo de la lengua y sigue limpiando casas. Y las casas son muchas, y las limpiezas son siempre a fondo. No como en casa de Mr. Johnson, donde va todos los días y lo que limpia hoy no lo limpia mañana.

Es la más madrugadora del edificio, oigo el taconeo de sus pasos hacia el portón poco después del amanecer, y ese taconeo enérgico nunca te permitiría sospechar que está enferma, y desde hace mucho, además. Por la noche regresa del trabajo y oigo sus pasos, más pesados, cuando sube las escaleras. No sé si es guapa. Tiene ojos grandes, negros y brillantes, una mata de pelo también negro, negro y rizado, que con la edad no encanece, y el pecho abundante y todavía firme, de esos que a mi entender vuelven locos a los hombres. Yo diría que, a pesar de las piernas hinchadas, Anna es agraciada y que, a pesar de su robustez, es ligera, porque disfruta de la vida y sonrío siempre, con una sonrisa dulce y confiada. Nunca la verás enfadada, y si le hacen algún desaire, lo perdona y lo olvida. Cuando Natascia se pone a enumerar las injusticias que han soportado ella, su madre y su abuela, Anna la escucha y asiente con la cabeza, pero enseguida se aburre y trata de contener los bostezos, para no ofender a su hija, hasta que inclina la cabeza sobre el pecho y se duerme sentada en la silla. Parece no ver la casa miserable en la que vive, así de orgullosa está de su

habitación buena, ni la vida miserable que lleva, trabajando siempre de sirvienta. Ella ve otra cosa. Me llama para que suba al piso de arriba y admire el efecto de las mantas en una cama deshecha, con la ventana de fondo por la que se ve el azul del mar. Siente una alegría irrefrenable por la llegada de la primavera o de los cruceros que, cuando entran en el puerto al amanecer, llevan todas las luces encendidas. «¡Cuántas lucecitas! ¡Ah, las lucecitas! ¡Ah, viajar sin salir de casa!» Y se queda embelesada.

Eso sí, podría fijarse un poco más en la ropa que se pone. En invierno parece una refugiada, con ese abrigo de bordes raídos y desteñidos, el pañuelo de lana para la neuralgia del trigémino, los zapatos deformados porque, al hinchársele, los pies cambian de número y las cosas no están como para comprar varios pares de distintos números. Aunque le gustaría ser elegante y lo intenta, haciéndose vestidos con cortinas y manteles viejos. Antes seguía la regla de los pobres: el domingo es para vestirse de fiesta, medias finas, traje de chaqueta, pañuelo de seda, bolso pequeño y zapatos que hacen daño. Los días laborables son para llevar ropa raída y desteñida y los zapatos más deformados. Pero ahora ya no hay norma que valga, los días laborables se viste de fiesta para trabajar en el piso de arriba, y los festivos se viste de refugiada.

«¡El piso de arriba! ¡Ah, el piso de arriba!», suspira entusiasmada. A ella le basta con notar que los cristales de las ventanas vibran por efecto de las sirenas de los barcos y se queda embelesada con los juegos que hace la luz sobre la gran puerta de cristales y sobre los espejos.

Por lo demás, tiene razón, a mí también el piso de los Johnson siempre me ha parecido irresistible. Es el más grande del edificio, con techos de cinco metros de altura, paredes revestidas de seda color púrpura, ventanas de cuatro cuarterones rematadas con montantes en abanico, sofás tapizados de brocado y espejos, muchos espejos que reflejan, multiplican y desdoblan las luces del puerto.

Pero la cocina es la habitación preferida de Anna. «¡La cocina! ¡Ah, la cocina del piso de arriba!» Cucharas de madera, trinchantes, tajos y ollas de todos los tamaños colgadas de las paredes. Cocina empotrada con el horno a la altura de los ojos y todos los inventos de la ciencia culinaria moderna, porque Mrs. Johnson, como me contaban sus asistentas cuando yo era niña, de todas partes del mundo, especialmente de París, traía recetas de los platos más refinados.

Mi tía no tenía razón cuando decía que con las asistentas de los Johnson sólo hablaba en sardo. En sardo, sí, pero también en francés y en inglés, al menos en lo que respectaba a las comidas, porque la señora de arriba enviaba las recetas para que las asistentas las probaran antes de que llegaran ella y todos los invitados que recibía. Pero para el marido, *mischineddu*, nunca cocinaba nada rico, y con la excusa de que era vegetariano, en verano cortaba dos o tres tomates, y en invierno cocía un par de patatas o calentaba sopas preparadas con antelación.

Las asistentas decían: «*Deddixedda, 'ndi òlisi unu pagu de custu? È bonu bonu, beni de Parigi! T'arrecchèdi?*», que significa: «Bonita, ¿quieres un poco? Está rico rico, viene de París. ¿Te apetece?».

Y ellas eran muy buenas en la cocina y se sabían los nombres de los ingredientes en francés. Había una receta, se ve que era un plato famoso de Maxim's, que todavía recuerdo de memoria por la misteriosa fascinación de las palabras: «*Homard bleu rôti, morilles et févettes étuvées, pomme de terre confite et cerfeuil concassé*».

Capítulo 7

El marido de Anna la dejó por otra, pero ella me confesó que se había casado sin amor, y sin atracción física, quizá porque era pelirrojo y ella no quería casarse con *unu conc' e bagna*, o sea, con un cabeza de salsa de tomate. Se casó para poder tener una casa normal y una vida normal. Él era *manorba*, peón de albañil, pero ella se sentía feliz de que dejaran de llamarla como a los habitantes de la Marina, *culus sfustus*, culos mojados, porque por entonces aquella era una zona de pescadores, feliz de poder huir del barrio donde había nacido y donde vivía con su madre, una mujer de mala fama, en un tugurio que sigue estando y que, cuando pasa por delante, va y mira para otro lado con tal de no verlo, y se niega a señalármelo. Con su marido se fueron a vivir a las afueras, pero enseguida se dio cuenta de que aquellas casas de vecindad distaban mucho de lo que había soñado, como el matrimonio. Al menos antes todo podía ocurrir, en cambio la larga fila de edificios grises con la colada tendida sin alegría, con su calor en verano y su frío en invierno, y el marido que no le gustaba, éstos eran para siempre. Pero él acudió en su ayuda al enamorarse de otra. Terminado el matrimonio, ella se quedó con la niña y trabajó sin parar, soñando con hacer fortuna y un día regresar a la Marina, rica o famosa por algo, puesto que se le daba muy bien cantar, bailar, cocinar y coser.

Igual que yo, que siempre soñé con irme del pueblo, donde me convertí en una marginada después de la desgracia, y con regresar envuelta en la gloria para sorprenderlos, daba igual de dónde llegara esa gloria, la cosa es que, a diferencia de mi amiga que sabe hacer de todo, yo no sé hacer nada.

Anna se llama así porque nació el día de Santa Ana y su madre, al terminar la guerra, no tenía ganas de pensar en un nombre, porque hacía la calle y a ella la tuvo por un descuido. En la Marina, vivían en aquella casa, bueno, llamarla casa es un decir, porque era una especie de antro oscuro, húmedo y maloliente, donde ahora se refugian los extracomunitarios.

Por suerte, desde jovencita se dedicó a servir, y con el primer sueldo le compró una cocina de gas a su madre y unos colchones decentes. Siempre supo quién era su padre, un soldado que no había tomado precauciones cuando tuvo relaciones con su madre y que se había ocupado siempre de ella, aunque desde la distancia. Cuando nació le regaló una cadenita que llevaba escrito «Anna», sin el apellido, naturalmente, y unos pendientes para la primera comunión. Al casársele la hija, ya viejo, viajó expresamente a Cerdeña para hablar con su futuro yerno y decirle: «Si le tomas el pelo, tendrás que vértelas conmigo».

Pero al marido de Anna, cuando se casó con ella, no hacía falta que lo amenazaran, porque estaba enamoradísimo, o eso creía él, porque después, cuando conoció a la otra mujer, comprendió realmente lo que era la pasión, y se marchó, pero se comprometió a pagar el alquiler de aquel piso triste, en aquel barrio triste, en aquellas largas casas de vecindad. Siempre iba los domingos a verla y le llevaba regalos a Natascia, que aunque era pequeña ya era severa y le lanzaba una mirada dura y fría y ni siquiera abría los regalos. Entonces su padre fue espaciando cada vez más las visitas hasta que llegó un punto en que pidió el divorcio para poder contraer nuevamente matrimonio, porque había tenido otra hija con su nuevo amor. Aquí, en la Marina, adonde Anna acabó volviendo, sintieron mucha pena por ella, *mischinedda*, y le dijeron que siempre llueve sobre mojado y que las desgracias nunca vienen solas, porque después de una infancia y una juventud miserables, también le habían negado un poco de felicidad. Decían que, en el fondo, lo mejor para ella hubiera sido que Dios

se la llevara allá arriba. Que de la pequeña Natascia se ocuparían ellas, las mujeres del barrio, y que no sería la primera vez que hacían de elefantas y se encargaban de los elefantitos de otras como si fueran suyos. Pero Anna no tenía ningún deseo de morir y, aunque lloraba mucho por su matrimonio perdido, sentía que a ese marido no lo había querido nunca y que cuando lo vio marcharse había sufrido porque, en estos casos, lo normal es sufrir, pero después lo había perdonado y, en el fondo de su corazón, le estaba agradecida, porque al fin pudo volver a soñar con el amor, la fama y la riqueza sin remordimientos. Por lo demás, para seguir viviendo su vida miserable en otro antro oscuro de la Marina, no era cuestión de que malgastara energías en rencores y arrepentimientos inútiles.

Todos le decían que tenía una voz preciosa, la más hermosa del coro de la parroquia de Santa Eulalia. Entonces ella tomó unas cuantas clases de canto y ya se imaginaba que llegaría a ser una soprano famosa. Pero las clases costaban mucho y acabó resignándose a cantar en la iglesia: «Adeestee fideeles... veniite adoreemus...». O a los Beatles, en casa. La oigo cuando hace limpieza a fondo: «Oliu nidis lav lalalalala, oliu nidis lav lalalalala, oliu nidis lav lav, lavis oliu nid». O cuando imita a Marlene Dietrich, que canta sensual «Where have all the flowers gone».

Como todos le decían que los platos que llevaba a los pobres del barrio, inmigrantes norteafricanos, paquistaníes, senegaleses, eran de alta cocina, comenzó a especializarse para ser chef, pero en ningún restaurante la contrataron, salvo en el de su amante, pero ya sabemos cómo terminó esa historia. Y sus modelitos de alta costura, aunque preciosos e imaginativos, porque los hacía con cortinas y manteles viejos o manchados, te hacían daño a los ojos con sólo ver sus improbables combinaciones de flores, rayas, lunares y cuadros.

Hasta que el destino la trajo aquí, al edificio más bonito de la Marina, si bien al apartamento para el servicio doméstico, y después, derechita al piso de arriba.

Natascia dice que su madre siempre ha conseguido pagar las facturas y que a ella no le faltara nada. Enormes sacrificios. Pero no había necesidad. Bastaba con que hubiera podido conservar al marido, o encontrar a otro honrado, un amor normal. En cambio, parecía que tuviese un imán para los desastres. Sólo había conocido a hombres que se habían aprovechado de ella, y si estaba enferma del corazón ellos tenían la culpa.

Natascia lleva muchos años de novia con un antiguo compañero del colegio; se quieren mucho. Pero ella se pone nerviosa porque es muy celosa, y como me ve guapa y refinada, jura que no me lo presentará nunca, así que cuando él va a verla, ella coloca en la ventana un paño especial para indicarme que no salga de mi casa y que no debo verlo ni siquiera a escondidas. Y eso que Natascia es guapísima, nada que ver conmigo. Tiene una melena pelirroja, más bien un melenón, que le cubre los hombros, los ojos verdes con motitas doradas, las caderas sinuosas, pechos grandes y turgentes, unas cuantas pequitas en la nariz perfecta, lleva vestidos que no valen nada, comprados sin excepción en las tiendas de los chinos, pero que le dan color y brillo, en la misma medida en que yo soy gris y opaca.

Y eso que su novio es muy fiel, puntual y serio. Aunque muy melancólico, porque, igual que le pasa a ella, a pesar de haber obtenido la licenciatura con las mejores notas, no encuentra trabajo fijo y a él y a Natascia les gustaría casarse, pero sin un trabajo seguro es imposible. Además de la rabia por las injusticias, la preocupación por su futuro, los celos por su novio, su madre es lo que más angustia a Natascia, su madre, que ahora va a trabajar al piso de arriba con la actitud de haber sido contratada en el cielo, con la actitud de Cenicienta cuando se sube a la calabaza transformada en

carruaje.

—¡Ah, el alma vuela con la música! —se entusiasma Anna.

—¡Sala cabula, menchica bula, bibidibobidibú, son las palabras que siempre uso yo, bibidibobidibú! ¡Cenicientaaa! ¡Cenicientaaa! —se burla su hija.

—Tómame el pelo, pero los cuentos de hadas nos enseñan a resolver muchas situaciones difíciles —le dice su madre—. Fíjate en Hansel y Gretel y en la idea de hacer que la bruja ciega, que quería engordarlos para comérselos, tocara un huesecito. O la Bella Durmiente, que se mete donde no debe y se pincha con un huso de hilar. O Blancanieves, que comete la tontería de comerse la manzana. O Pulgarcito, que encuentra el camino con migas de pan.

—O sea, que deberíamos llevar siempre en el bolsillo un huesecito o una manzana y comérmola en caso de que nos ofrezcan una envenenada, o tener a mano unas migas de pan para encontrar el camino, o evitar acercarnos a los husos de hilar.

Capítulo 8

Han llegado de Milán el hijo y el nieto de Mr. Johnson. Johnson júnior y Johnson júnior júnior, que se llama Giovannino y tiene siete años.

Giovannino es un niño prudente, no te da confianza enseguida. Es puntual, y si tienes que acompañarlo a algún sitio, a la hora convenida te espera vestido y aseado. Calcula el tiempo con el pajarito del reloj de cuco, como hacía yo de pequeña, y, si te retrasas, te mira con cara de leve reproche, leve para que no te lleves un disgusto.

Anna dice que el niño se educó solo. «¡Ah, qué niño!» Hay que ver qué ordenado es, cómo tiene su habitación y cómo se preocupa por que todo esté siempre en su sitio.

Ella le hornea galletas y le dice que se sirva todas las que quiera, pero él lleva la cuenta y reserva unas para las vecinas, Anna, Natascia y yo, y las restantes las divide entre tres, para su abuelo, para su padre y para él.

Johnson júnior ha tenido problemas con la maestra de Giovannino, que según él es una imbécil. Los niños debían comprar muchos lápices, no de colores simples como el amarillo, el violeta, el azul, el rojo, el verde. No. Sino rojo carmesí, rojo rubí, azul cobalto, azul ultramar, amarillo ocre, amarillo limón, verde esmeralda, verde manzana y tonos por el estilo. Él a su hijo le compró una caja de lápices de colores normales, naranja, violeta, celeste, rojo, verde.

Giovannino le dijo a su padre que los lápices estaban bien, para que no se llevara un disgusto, pero después me pidió a mí si lo acompañaba a comprar lo que necesitaba para la escuela, exactamente lo que necesitaba y no algo que fuera distinto de lo que tenían los demás niños. Él llegó cuando el curso había empezado hacía tiempo y no quería hacer cosas raras. A él le gusta hacer las cosas conforme a las reglas. Por ejemplo, no toma sopa a la hora del almuerzo. Dice: «No es hora de tomar sopa. ¿Me la guardas para la cena?». Giovannino se lava los dientes después de comer y los pies antes de irse a la cama y, como dicen su padre y su abuelo, le busca tres pies al gato, es decir, no quiere que los botones le cuelguen de las chaquetas ni llevar calcetines de distinto color.

Su padre no se parece en nada a Mr. Johnson, en el sentido de que no tiene nada de americano, es de piel oscura y el cabello rizado y negro le forma una aureola alrededor de la cabeza y tiene ojos dulces de africano. A diferencia del padre es ordenado en el vestir, pero, siempre a diferencia de Mr. Johnson, que es clásico en el vestir, Johnson júnior es raro, sobre todo porque lleva siempre pantalones a cuadros que se parecen a los de Mr. Micawber en *David Copperfield*.

Ahora bien, Giovannino sí que tiene algo de americano. Quizá ha heredado de su abuelo los genes que, tras saltar una generación, han reaparecido en la siguiente.

Giovannino y yo nos entendemos muy bien. Nos gustan las mismas cosas. Por ejemplo, el mar. No es que él no lo haya visto nunca, con su padre ha visitado las playas del mundo entero. Pero nunca ha vivido en una ciudad como Cagliari, con el mar dentro, como el Sena está dentro de París o el Hudson está dentro de Nueva York. El mar le gusta más que los ríos, no importa el tiempo que haga, porque su espuma es transparente.

—No nos iremos de Cagliari, ¿verdad? —le pregunta a su padre.

—Por ahora no. Nos quedaremos un año.

—¿Y dentro de un año a dónde iremos?

—No lo sé. Será una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas —entonces me pregunta a mí—: ¿Tú sabes dónde iremos papá y yo dentro de un año?

—A un lugar donde se hable inglés, italiano o francés.

—¿Y si yo decido quedarme aquí?

—Ya se verá.

—¿Y no podemos verlo ahora?

—Creo que podrás decidir quedarte aquí.

—¡Entonces yo me quedo aquí para siempre!

De Cagliari, además del mar con espuma transparente, le gustan las cuestas y las bajadas. Sube corriendo y yo le espero al final de la calle, luego baja a la carrera y lo abrazo. Dice que Cagliari es blanca y azul ultramar. Dice que nuestro barrio de la Marina es como una isla, porque lo sobrevuelan las gaviotas y las aves marinas, porque hasta allí han llegado náufragos de todo el mundo, que se han salvado al hundirse sus barcos, y que parece un tobogán, porque está todo inclinado hacia el puerto.

He notado que también Johnson júnior y Anna se entienden muy bien. Los veo siempre hablando sin parar, como si se estuvieran confesando, y en cuanto llega alguien, se nota que cambian de tema. Ella quería regresar al piso de abajo, pero Johnson júnior le rogó que se quedara para echarle una mano con el niño.

Se la ha metido en el bolsillo desde el primer día en que ella lo invitó a tomar chocolate hecho con la máquina expés de bar y él le dijo que en ningún país del mundo había tomado un chocolate tan rico. También la felicitó mucho por la habitación buena, la de los objetos que parecen arrastrados por las olas durante la tempestad y devueltos a la playa tras haber permanecido atrapados en algún pecio submarino desde tiempos inmemoriales. Le dijo que tenía la sensación de haber sido invitado a Buckingham Palace y desde entonces todos, incluida Natascia, al *s'aposentu bonu* lo llaman Buckingham Palace.

Desde que son amigos, Anna ha encontrado el valor de reconocer que entre ella y Johnson júnior hay algo y, si cabe, se ha vuelto aún más optimista y alegre. Dice: «¡Qué suerte! ¡Ah, qué suerte!».

Natascia no está en absoluto convencida de que sea una suerte y no le hace ninguna gracia la amistad de su madre con Johnson júnior, porque, según ella, sólo sabe hablar, como todos los hijos de papá que jamás en la vida han tenido verdaderos problemas, pero que para compensar están cargados de teorías. Yo, como Anna, también siento como una especie de imán hacia Johnson júnior.

Por debajo de la puerta me pasa unas notitas simpáticas en inglés, muy difíciles de traducir, para que practique. Me llama por la terraza cuando desde la ele que da al mar se ven llegar los barcos de crucero, o al atardecer, cuando todo se tiñe de un azul mezclado con naranja y el cielo se llena de nubes alargadas o con forma de pequeños ovillos.

Me llama Calamidad, porque no sé hacer nada bien, sobre todo en la cocina. Mis tortillas son babosas, mi asado con patatas más bien parece un sancocho blanduzco y sudoroso, en mis sopas las verduras y los fideos flotan como pecios enormes, el té que preparo está sembrado de semillas de limón. Pero a Johnson júnior todo esto le parece interesante, tal vez porque está enamorado de mí y el amor es ciego. Dice que a mí en la cocina lo que me lleva a la ruina es la imaginación, la fantasía, mi espíritu rebelde, porque nunca hago nada según las reglas.

Aquí, en la Marina, todos se sienten muy atraídos por Johnson júnior, lo aprecian, y he comprendido que se trata de un aprecio distinto del que yo les inspiro. No lo protegen, pero se sienten protegidos por él y se dirigen a él como hacen los náufragos con un indígena hospitalario.

En los bolsillos de los mandiles de Anna mete poemas de sus poetas preferidos y ya no la llama Anna, sino Annina, y desde entonces todos los demás también la llaman así.

Le he preguntado a Johnson júnior por qué es tan amable con nosotras y él me ha contestado que Annina y yo tenemos una cara, una forma de llevar la ropa y de andar, de abrir el portón y de mirar dentro del buzón, que dan ganas de preguntarnos si necesitamos algo, exactamente como a los náufragos del barrio.

Su respuesta me ha dado mucha tristeza, porque quiere decir que para él no hay ninguna diferencia entre los sentimientos que yo le inspiro y los que le inspiran los demás.

El abuelo y Giovannino también se entienden muy bien. El abuelo le enseña al nieto a tocar el violín y todos pensábamos que Giovannino le prestaba atención para no causarle un disgusto, pero después, en cierta ocasión, cuando el abuelo le pidió que nos tocara algo, una pieza de *La viuda alegre*, nos quedamos de piedra de lo bonita que era la pieza y de lo bien que la interpretó.

—¡El ADN! —exclamó Johnson júnior abrazando a su padre—. Nunca he creído en el ADN, pero influye, vaya si influye.

—Ya, ya, el ADN... —sonrió su padre, aplastado por el abrazo.

Pero las sorpresas no acabaron ahí. Entró en escena Annina, que acompañada por los violines del abuelo y el nieto se puso a cantar: «Calle el labio que los ojos dicen más, porque en ellos asomada el alma está, cual destellos de oro de un naciente sol se refleja en tu mirada inmenso amor».

Nosotros no parábamos de aplaudir y Natascia se echó a llorar.

—¡Eres buenísima, mamá, buenísima! —decía cubriendo de besos y abrazos a Annina y repitiendo a los demás—: ¡Es buenísima, buenísima!

Capítulo 9

Desde la llegada de Johnson júnior Anna recibe su sueldo con puntualidad. Y doble. Él le explicó que su padre le había propuesto una cantidad ridícula porque no tiene más dinero que el que gana en los cruceros, y todo lo demás es de Mrs. Johnson. Pero ahora es distinto, Johnson júnior es profesor de la universidad y, además, el apartamento de Anna está a nombre de él, de manera que ella y Natascia ya no tienen que pagar alquiler.

Anna se vistió con elegancia y fue a ver a sus antiguos patronos para anunciarles que ya no volvería a trabajar de criada; ahora, cuando habla de su nueva situación, también en las tiendas de la Marina, da a entender que su vida ha cambiado, que vive en el piso de arriba y, con medias frases, alude a la posibilidad de trasladarse definitivamente allí.

Cuando en el piso de arriba no están ni Annina ni los Johnson, con la excusa de que nadie cuida las plantas mejor que yo, aprovecho para echar un vistazo a las revistas pornográficas. Siempre hay historias nuevas, siempre de mujeres de tetas grandes, como Natascia, pero mucho, mucho más feas de cara. La verdad es que las caras de estas mujeres no son nada del otro mundo, quizá por las expresiones que ponen, los labios muy fruncidos, los ojos entrecerrados y la cabeza echada hacia atrás como para quitarse el pelo de la frente. Hay que reconocer que eróticas sí que son. Y mucho. Las historias que más me gustan son las de esas señoras frías que se vuelven ninfómanas. Una de estas señoras de repente quiere acostarse con todos los hombres que entran en su casa. Su marido se desespera y quiere castigarla, pero toda esa abundancia que desde hace años a él también le racionan hace que cambie de idea.

Yo también quiero convertirme en ninfómana. Me miro al espejo, pero en el espejo no me veo yo, pálida y esmirriada, veo la máquina de guerra del sexo en la que me quiero convertir, supertetona y provocativa, sin diadema, con un ojo cubierto por un mechón de pelo y un traje de cuero con lacitos que se pueden desatar para dejar al aire las partes eróticas.

¿Y Annina? ¿También está aprendiendo de esas señoras? ¿O ya lo sabía todo? La veo, nítida y ligera, como las notas del violín de Mr. Johnson que resuenan en las habitaciones, se cuelan por las ventanas, salen al patio, llegan a la calle y se van lejos, hacia el mar.

Johnson júnior sabe que quiero convertirme en ninfómana, pero también sabe que sueño con desquitarme de la gente del pueblo y que no hago nada, salvo escribir versos. Por eso me aconseja que me convierta en escritora, el sueño de quien no tiene dónde volver la cabeza.

¿Qué puedo decir de Johnson júnior? Que es simpático: tú sueltas una ocurrencia, cuentas alguna tontería y él se ríe y hace que tengas la impresión de que la simpática eres tú.

De manera que me he acostumbrado a que en cuanto llego a casa subo corriendo a contarle todo. Él dice: «Cuéntame los detalles significativos. Si lo incluyes todo, nunca serás escritora. En los detalles está nuestra felicidad y nuestra infelicidad».

Escucha con atención cuando le leo mis poemas.

Mi corazón cansado

se desnuda y se abre

en el eterno gesto

de pedir amor.

Con esta limosna

se despoja mi corazón

y se marchita despacio.

O bien:

Ahora que he vivido

me puedo morir

en paz; acariciadme

la cabeza, que es

como la de una vieja,

porque he vivido

y me puedo morir

en paz.

—¿Desde cuándo escribes? —me pregunta Johnson júnior.

—Desde que ocurrió la desgracia escribo poemas.

—¿Siempre son tan tristes? ¿También cuando eras niña?

—Cuando era niña eran todavía más tristes, verjas de cementerios que chirriaban, cenizas que salían de las tumbas y eran esparcidas por el viento, niños que se alejaban de su casa, se desencadenaba una tormenta y no encontraban el camino de regreso. Y cosas por el estilo.

—¿Por qué escribes?

—Porque todo pasa y se pierde y los textos escritos permanecen.

—¡Ojalá todo permaneciera y pasaran tus poemas!

En su opinión debería dejar de escribir poemas y dedicarme a la prosa, y eso estoy haciendo. Lo intento, incluso con los detalles, lo anoto todo, palabras, gestos. Johnson júnior dice que parezco una intérprete simultánea en un congreso de Naciones Unidas.

Si por mí fuera, me siento tan bien que detendría el tiempo: Anna que se desata su túnica sexy para Johnson sénior, yo que voy a la playa con Giovannino y Giovannino que, en un momento dado, hace unas reflexiones como éstas: «Hoy el mar es gris perla como el cielo», o bien: «Hoy tiene tres franjas, celeste, verde esmeralda y azul cobalto», y se nota que piensa en los lápices de colores de la escuela.

A veces Johnson júnior desaparece. Le pido a Giovannino noticias de él. Se limita a decirme que a lo mejor su padre está con Omar. «¿Y quién es ese Omar?», le pregunto, y él me contesta que es un amigo de ellos de París, pero que no es francés sino árabe, y que de vez en cuando viene a verlos a Cagliari pero que, aunque lo

inviten a quedarse en la casa, prefiere irse a un hotel.

Si la ausencia es prolongada, Giovannino también se preocupa, lo noto por la forma en que presta atención a los ruidos para distinguir los pasos de su padre. Yo también miro de reojo desde la ventana que da al patio y desde la que da a la calle. ¿Será por los veinte años de diferencia que Johnson júnior no me hace caso? ¿A pesar de que todo grita: «¡Abrazaos!», «¡Besaos en la boca!», «¡Haced el amor!»?

¿O será porque me encuentra físicamente insignificante? Para ser sincera, tampoco encuentra llamativa a Natascia, y eso que ella parece una de esas máquinas de guerra del sexo que salen en las revistas de Mr. Johnson, pero Johnson júnior tiene un gran sentido moral y ella tiene novio.

Natascia dice que el motivo del desinterés de Johnson júnior no puede ser mi físico porque soy guapísima. Pero ella me ve así porque la ciegan los celos y no quiere que su novio me conozca por miedo a que se enamore de mí al instante. Y teme a todas las chicas, incluso a las feas. Dice que si por ella fuera, llevaría una cápsula de cianuro en un pastillero colgado de una cadenita y se la tragaría al primer indicio de que su novio se sintiera atraído por otra.

Cuando le confesé a Anna que me había enamorado de Johnson júnior, me miró con cara de espanto, ni que le hubiera dicho que quiero a un criminal. No la soporto cuando pone esa cara. Anna es la menos indicada para dar consejos a nadie.

Pero esperaré. Johnson júnior me ayuda muchísimo. Tengo la impresión de que todo el mundo está siempre a punto de descubrir que soy estúpida e ignorante, por eso me mantengo al margen para que no lo descubran y, si me invitan a alguna parte, no voy. Se puede decir que no tengo amigos. Y cuando lo intento tengo mala suerte, como aquella vez en que apuré el paso para alcanzar a una chica de mi curso que me caía la mar de bien e intervenía con inteligencia durante las clases. Cuando estuve a su lado le dije:

—Hacemos el mismo trayecto.

—No. Yo doblo aquí. Hasta mañana. ¡Perdona las prisas!

¿Cómo sabía que yo no tenía que doblar allí igual que ella? Quería evitarme. Por lo demás, nunca intervengo en las clases. Soy una doña nadie. Y sería peor si interviniera. Me descubrirían.

Johnson júnior ha entendido a la perfección quién soy y que no sé hacer nada pero me quiere de todos modos. A lo mejor me ama. De lo contrario, ¿a qué viene tanto interés por una calamidad?

Y no me ofendo cuando me dice que mi futuro pasa por ser escritora porque el que no sabe hacer nada, escribe. No debo tomármelo como un insulto, porque me doy perfecta cuenta de que él aprecia muchísimo a los escritores y no hace más que leer y estudiar y precisamente es licenciado en Literatura por la Universidad de Harvard, Cambridge, Massachusetts.

Claro que también me quieren Anna, Natascia y Giovannino, y puede que incluso Johnson sénior me quiera, pero ellos, sin ánimo de ofender, no saben realmente quién soy y hasta qué punto mis sueños son presuntuosos. Mis padres tampoco lo sabían, ni mi padre antes de morir, ni mi madre antes de volverse loca. No tenían la más remota idea de quién era realmente su niña.

Johnson júnior nunca habla de la madre de su hijo, ni de la suya propia.

De su madre una vez se limitó a decir:

—Sólo conoce su espacio y en él se pasea de aquí para allá, de derecha a izquierda. Está en una cárcel y no se da cuenta. Pero no es mala y tampoco tonta. Terminará regresando. Ya lo verás.

—Espero que no —dije al borde de la desesperación—, tengo mucho miedo de que en esta historia alguien acabe suicidándose. Si no es tu madre, entonces será Anna.

—¡Qué va! ¿Por papá? ¿Por alguien que debería estar ingresado?

—¿Dónde?

—En el primer pabellón que encuentre abierto en cualquier hospital.

—¿Crees que está loco?

—No. Pero debería hacerse ingresar.

—¿Lo dices porque no te cae bien?

—Me cae estupendamente. Es mi tipo de padre preferido. Un verdadero artista. No contaminado. No pide otra cosa que poder tocar su violín y eso de hacerse rico y famoso le importa bien poco. A él lo único que le importa es tocar. Mi padre es el mejor ejemplo de hombre, aunque se anude la servilleta al cuello mientras espera que le sirvan y se la quite en cuanto se pone a comer. Una vez vio un BMW con el maletero abierto cargado de fruta exquisita como en exposición, se acercó y le preguntó al elegante señor que se encontraba al lado del automóvil a cuánto estaba el kilo, porque quería llevarle un poco a su familia.

—¿Y el señor qué le contestó?

—Que le echara un vistazo al coche y a él y después le dijera si tenía pinta de verdulero con su furgón. Y te cuento otra más. Una vez, cuando vivíamos en París, estaba buscando un carpintero y se ve que cogió la dirección equivocada, porque siempre lleva los bolsillos repletos de notitas arrugadas. Llamó al timbre de la Embajada de Estados Unidos, una mansión con escalinata de mármol y guardias apostados en la entrada, y preguntó si allí vivía el carpintero no sé cuántos.

—¿Y los guardias qué hicieron?

—Le preguntaron si a él le parecía que el edificio tenía pinta de carpintería, porque era la Embajada de Estados Unidos. Te lo digo yo, mi padre no es de este mundo, tal vez por eso es un buen ejemplo de hombre. El mejor que conozco.

—¿Y tu mujer? —le pregunté—. ¿Cómo es Mrs. Johnson júnior?

—No hay ninguna Mrs. Johnson júnior.

—¿No estáis casados?

—Ni casados ni nada.

Giovannino no conoce a su madre, Johnson júnior sólo le ha dicho que, cuando sea mayor, le explicará con lujo de detalles el misterio de su nacimiento.

—¿Un misterio feo? —le preguntó el niño.

—No. No hay nada de feo en tu nacimiento.

Sea cual fuere el misterio, el hijo está seguro de que su padre hizo lo que debía.

En ocasiones Giovannino me parece salido de vete a saber qué lejana profundidad. Quizá porque te mira como si te estuviera espiando. O porque siempre da la impresión de que puede arreglárselas sin ti. Jamás monta una escena por nada, como hacen los demás niños. Nada de gritos. Ni de alborotos. Se adapta a todas las situaciones, como a la comida vegetariana de su abuelo, él que es un niño acostumbrado a los *grilled steaks* americanos, o a los *entrecôtes* y al *pâté de foie* franceses, o a las chuletas a la milanesa. Pero desde que Mr. Johnson le contó lo que les hacen a los patos para obtener el paté, o cómo llevan al matadero a las terneras criadas para convertirlas en bistecs, Giovannino ya no quiere comer carne delante de su abuelo, que se impresiona, pero después, cuando está a solas con su padre, se la come con toda tranquilidad porque le encanta. Respeta las costumbres ajenas, no se enfada con nadie y, si puede decirse de un niño, yo diría que es tolerante. Y también prudente. Se nota que está acostumbrado a estar solo en casa, en ciudades grandes y peligrosas. Pregunta «¿quién es?» cuando alguien llama al timbre. Después abre la puerta despacio, muy despacio, dispuesto a cerrarla enseguida si, por casualidad, se ha dejado engañar por la voz. Entonces la cara se le ilumina, sonríe de oreja a oreja y suelta un «¡eres tú!», no se ha dejado engañar por la voz y el mundo es bueno, como le ha enseñado su padre.

Porque según Johnson júnior al comienzo de la vida es mejor ignorar el mal, siempre que no se te eche encima. Con los niños afortunados, no tocados por el mal, es inútil exponerles la lista de posibles atrocidades que, en cierta manera, no hacen más que empeorar sus pensamientos. Basta con dos o tres normas de seguridad, como preguntar «¿quién es?» antes de abrir la puerta y estar preparado para cerrarla si la voz quiere engañarnos, y no siempre puede decirse que la voz nos haya tendido voluntariamente una trampa, sino que a lo mejor no la hemos oído bien.

En cambio yo siempre tengo miedo de que les ocurra algo malo a quienes quiero. Una fuga de gas, un incendio en el edificio y ninguno de nosotros seguiría existiendo. Y si yo también me muriera, no pasaría nada, pero si durante la explosión no me encontrara en casa y, al regresar, ya no volviera a verlos, entonces no lo soportaría. De verdad, esta vez no lo soportaría. Tengo cuidado, compruebo una y otra vez la llave de paso del gas, los quemadores de la cocina, compruebo que el portón esté bien cerrado a los posibles asesinos. Pero nunca se puede estar seguro.

Capítulo 10

Anna tenía muchas ganas de conocer a mamá, así que fuimos juntas al pueblo.

Se quedó fascinada con la tapia del jardín, tan alta, con las copas de los árboles que se proyectan orgullosas sobre la calle, con los primeros colores de la primavera, con la elegancia de los muebles y la vajilla en la que la muchacha que cuida a mamá nos sirvió el té. Pero sobre todo con la fina belleza de mi madre.

Anna habló mucho con mamá, le dijo que se quedara tranquila, que yo en Cagliari estoy bien y que no me puede pasar nada porque ella, Anna, trata de hacerme de madre, no en sentido afectivo, faltaría más, porque madre hay una sola, sino en sentido práctico. De manera que en caso de que surja cualquier problema sé a quién dirigirme. Soy una muchacha cariñosa, buena, guapa y es un placer ayudarme. Annina siguió todo el rato ofreciéndole a mamá anécdotas y descripciones de nuestro edificio y cuanto le contaba tenía su punto tranquilizador y alegre y, entre anécdota y anécdota, hacía una pausa y esperaba a que mamá dijera algo. Mamá lo entendió y cada vez que se hacía un silencio, decía: «Es usted muy amable». Decía «es usted muy amable» incluso cuando no venía a cuento, incluso cuando Anna le hablaba de su trabajo en el piso de arriba, que tanto le gusta, incluso cuando le hablaba de las vistas y de los barcos de crucero, que llegan despacio y ocupan todo el ancho de las ventanas, incluso cuando le hablaba de Natascia y de la edad que tiene y de que aunque se sacó la licenciatura con matrícula de honor trabaja de dependienta, pero ya se sabe, son tiempos difíciles. «Es usted muy amable», recalca mi madre.

—¡Qué bien lo he pasado! —me dijo Anna cuando regresábamos en el autobús de línea.

—¡Lo has hecho todo tú sola!

—No es cierto. Tu madre, Ofelia, qué nombre maravilloso, ése sí que es un nombre, también participaba. Seguro que se angustiará menos por ti ahora que sabe que tienes amigos.

—Mamá siempre se angustia, pero por cosas inexistentes, ha perdido el contacto con la realidad.

—Si quieres, te acompaño otro día a ver a Ofelia. Podemos cantar juntas. Será estupendo, a coro, tú, Ofelia y yo. Nos haremos famosas. Por cierto, he oído decir que a muchos locos los curan con teatro, cine, música y cosas por el estilo.

Ahora cogemos a menudo el autobús de línea y vamos juntas al pueblo, mientras la primavera se hace más risueña y las orillas del camino se tiñen con el amarillo de las mimosas y la retama y por la tarde, al regresar, el tono azulado de los campos se confunde con el del cielo.

Anna canta las canciones que, seguramente, pese a ser más joven, también conoce mi madre. Estoy sorprendida porque recuerda el ritmo y la letra en inglés, mientras que Annina se equivoca, entonces mamá la corrige, y me parece que sonrío divertida por los disparates.

—¿Y si fingiera estar loca? —le pregunté a Anna en confianza.

—Fingir, no finge, pero ¿sabes lo que le ha pasado a tu madre? Que se ha sentido demasiado pequeña en comparación con lo que le estaba sucediendo, me refiero a la

historia de tu padre con esa estudiante. A veces la vida nos resulta demasiado grande. Entonces, igual que hacen los niños, tu madre se puso a llorar con desesperación hasta quedarse dormida y todavía no se ha despertado. Y si quieres mi opinión, hizo bien.

—Anna, ya sé lo que tienes de especial —le dije como si se tratara de un gran descubrimiento—. Mi madre tiene razón, eres amable, eres la persona más amable que he conocido en mi vida.

A estas alturas me siento realmente bien aquí, en Cagliari, y no me quiero ir, como Giovannino. Tiene razón él, en Cagliari el aire huele riquísimo, también en la Marina huele riquísimo, a la sal del mar, a alquitrán, a jabón, a salsa de tomate y a fritura y siempre tienes la impresión de que alguien va a invitarte a subir a un barco a comer calamares.

Y para mí el mar es como para Giovannino. A él no le gusta como suele gustarles a los niños. Cuando lo llevo a la playa del Poetto no hace nada del otro mundo. Corretea, igual que hacía yo de niña cuando veníamos de vacaciones, pero mientras yo corría, recuerdo que para ser veloz me imaginaba que estaba huyendo de algo feo; él, en cambio, corre como si persiguiera algo bonito y quisiera alcanzarlo. Corre de un modo feliz, y llevarlo a la playa es un regalo. Por lo demás, espía el mar, como hace con las personas. Caminamos los dos, sumidos en nuestros pensamientos, y de repente me pregunta si no me parece que ese día las olas son leves y tienen un sonido impertinente, o bien si no me parece que el mar está vestido de lamé.

Sigo preguntándole por qué le gusta tanto Cagliari.

—Porque tiene el mar dentro —contesta, decidido—. Es la ciudad más bonita de todas.

—¡Exagerado! —me escandalizo, dándole un empujoncito—. ¿No irás a decirme ahora que es más bonita que París o Nueva York?

—Es la más bonita. Y yo dentro de un año no me voy con papá. Me quedo aquí.

—¿Sin tu padre? ¿Prefieres Cagliari a tu padre?

—Yo no me voy. Me quedo.

Echamos a andar otra vez y pienso que nunca más debo hacerle estas preguntas. Para Giovannino el mundo es bueno.

Johnson júnior dice que si uno trae hijos al mundo ni en sueños debe pensar en volverse loco o quitarse la vida, y que a mi padre, antes de que se colgara del techo, habría que haberle llenado la cara de puñetazos, y a mi madre, antes de que enloqueciera, habría que habérsela llenado de bofetadas.

Dice que no debo pensar más en ellos, gente indefensa frente a la vida. Dice que nunca somos como nos querrían los demás. Podemos lamentarnos por ello, morirnos incluso. O aceptar ser exactamente al revés, como en las rimas infantiles.

Qué perfecto acuerdo existe entre Johnson júnior y Johnson júnior. Estar bien consigo mismos, no querer ser ni más ni menos de lo que se es.

—¡Vamos, Calamidad, endereza esa espalda y levanta bien esa cabeza, que te convertirás en una gran novelista!

Ya me he entregado por completo a la prosa y los detalles me saltan enseguida a la vista.

He comprendido que es allí donde comienza el futuro y que si prestamos atención a las pequeñeces, tal vez podamos eludir las que son desdichadas.

Por ejemplo, papá antes de morir hacía las cosas de siempre, pero si se prestaba atención, se apreciaban ciertos cambios, en su forma de sentarse, por ejemplo. En lugar de hacerlo en el sillón, con los pies apoyados en un escabel más bajo, se sentaba en una silla, de brazos cruzados, con la cabeza levemente reclinada sobre el pecho y los pies juntos.

Novelista o no, pienso que no encajo en el mundo, que habría sido mejor si no hubiese nacido, que tiene razón Leopardi cuando dice que «es funesto a quien nace el nacimiento». Pero a Johnson júnior no se lo digo, para no decepcionarlo después de todos los esfuerzos que sigue haciendo para convencerme de lo contrario.

—¡Qué padre! ¡Ah, Johnson júnior ha nacido para ser padre! —dice Anna—. Giovannino es afortunado, no tendrá a su mamá, pero su padre vale por los dos.

Le conté a Johnson júnior que, a mi modo de ver, a mi padre no le quedó otra salida cuando mi madre le dijo: «Ojalá estuvieras muerto». Si un ser querido me dijera «ojalá estuvieras muerta», yo también preferiría morirme. Entonces Johnson júnior se enfadó, se puso hecho un basilisco y me gritó:

—¿Sabes cuántas veces mi madre me dijo a mí «ojalá no hubieras nacido nunca»? ¡Y fíjate, aquí me tienes, vivito y coleando, feliz padre de mi hijo!

Cuando vuelvo del pueblo traigo siempre fruta para los náufragos de la Marina y para Anna un ramo de flores, que ella pone en el florero de cristal de Bohemia. Antes también le traía flores y fruta a Johnson júnior, pero ahora que le he contado más sobre mi padre y mi madre, no las quiere.

—¿Qué edad tenían tus padres? —me preguntó.

—No llegaban a los cuarenta.

—Más jóvenes que yo ahora. Toda la vida por delante. Podían haberse separado e irse cada cual por su camino. Lo siento, pero esta historia no me conmueve. Al contrario, me fastidia. Por favor, no vuelvas a traerme nada más de vuestro jardín. Ni vuelvas a contarme nada más de tus parientes, de tu pueblo, de tu maestra que te llamaba «letrita muda». Cuando seas una gran escritora, tu maestra no se librará de mí, porque la buscaré y cuando la encuentre, la ataré y le meteré en la boca tus libros que a esas alturas estarán publicados y serán famosos, y tu maestra tendrá que mascarlos y tragárselos, mientras yo le digo al oído: «Ricas las letritas mudas, ¿eh? ¡Tráгатelas!».

—Pero yo no quiero el éxito —protesto—, porque luego se esperan de ti grandes cosas y después del que te ha hecho famoso ningún libro se considerará digno. ¿Sabes qué dicen de algunos escritores que consiguieron el éxito con un solo libro? ¡Que los restantes parecen escritos por su hermano tonto!

—¡Entonces lo que tienes que hacer es decir enseguida que eres hija única!

Claro, soy hija única, pero ahora tengo una familia numerosa y qué más da si Johnson sénior no es realmente mi abuelo, Natascia no es realmente mi hermana, Anna no es realmente mi madre ni Giovannino un verdadero hijo. Pero un día, y esto lo deseo de

todo corazón, me gustaría que Johnson júnior fuese un verdadero marido.

Me gustan las cosas típicas de las familias, por ejemplo, ir a casa de Anna y llevarle algo para remendar, podría dejárselo, pero quiero quedarme en el cuarto de los armarios y oír el ruido de la máquina de coser mientras la olla hierve en el fuego y llena la cocina con su aroma, y me entra hambre y ya no tengo esa delgadez extrema, casi de anoréxica, que tanto preocupa a Annina, ni tengo tantos miedos. Es cierto que sigo pensando que puede incendiarse el edificio, o estallar la bombona de gas, o que detrás del portón pueden acechar los asesinos, pero, tal como me ha enseñado Johnson júnior, calculo las probabilidades en porcentajes. Me hizo notar que las noticias de los periódicos son noticias precisamente porque es raro que ocurran semejantes cosas. Si no fuera así, escribirían: «Hoy no ha habido explosiones en ningún edificio, no se han producido incendios y nadie ha sido asesinado al cruzar el umbral de su casa». Eso significa, dice Johnson júnior, que el mundo es bueno. Y luego añade: «Bueno estadísticamente».

Pero la noche me sigue dando miedo. Prefiero dormir de día, cuando todos están despiertos y vigilan. Porque de noche se van al país de los sueños y soy yo quien debe permanecer atenta y despierta. La noche me gusta. Cuando se encienden las luces de las cocinas y nadie se ha encaminado aún hacia el mundo de los sueños.

Capítulo 11

En una revista que compro siempre aparecía un artículo sobre el regreso a escena de Levi Johnson, uno de los grandes violinistas de jazz del mundo. Pensé que se trataba de un homónimo, en la foto se veía a un hombre joven que no se parecía al señor de arriba. Pero todo coincidía y el corazón empezó a latirme con fuerza.

El Levi Johnson del artículo había alcanzado la cumbre de su carrera antes de cumplir los cuarenta. Una depresión grave lo había alejado definitivamente de su público.

En cierta ocasión se había dejado entrevistar y había declarado que ya no se consideraba violinista, sino alguien que tocaba ese instrumento, y que estaba encantado de la vida dando clases particulares de violín o exhibiéndose en los barcos de crucero donde las personas lo escuchaban mientras comían. Era un fracasado, pero a esas alturas podía considerarse un fracasado feliz.

—Después de más de treinta años, vuelve a tocar usted en público —le decía el periodista y le preguntaba—: ¿Lo ha convencido su mejor amigo, que para este concierto reunirá a los más grandes intérpretes de jazz del mundo? En el teatro Châtelet de París se han agotado las entradas. Mr. Johnson, ¿cree usted que los auténticos aficionados al jazz, aunque no hayan vuelto a verlo, nunca han dejado de escucharlo?

—Claro que han dejado de escucharme.

—¿Y lo lamenta?

—No era mi destino ser rico y famoso. No era mi destino porque no estaba en mi naturaleza y porque no era lo bastante bueno para un destino así. En los barcos de crucero gano bien y tengo éxito, el éxito justo para mí, limitado a una velada, a unas pocas horas, sin la pretensión de que sea para siempre. Además, me gusta viajar por mar. Son barcos de lujo, pero es un lujo que no tiene que ver con la tripulación, y yo formo parte de la tripulación. Lo único que lamento es que mi camarote nunca tenga, no digo una puerta que dé al puente, pero al menos un ojo de buey. El mar abierto, sobre todo de noche, es hermosísimo. Ya no sabes si antes de zarpar eras hombre, si sigues siéndolo, si te convertirás en hombre. No hay horizontes, no sabes qué vida estás viviendo. Lamento no tener un ojo de buey.

»He aprendido mucho del mar, porque en el mar sientes que el verdadero poder nunca será tuyo. A veces, en alta mar se forma una ligera bruma, una calma, un azul plateado y, de repente, las aguas se encrespan, se vuelven color plomo, se enfurecen y, si el mar quiere, puede tragárselo todo y hacerlo desaparecer.

—Aparte de no tener un ojo de buey, ¿qué otra cosa no le gusta de la vida en los barcos de crucero?

—No me gusta que el capitán pase revista a diario para comprobar si la ropa está en orden y que me llame a capítulo por tonterías como los calcetines desaparecidos o la camisa mal abrochada.

—En los viejos tiempos nadie se habría atrevido a llamarlo a capítulo por esos motivos.

—La diferencia entre cuando eres rico y famoso y cuando dejas de serlo es que, antes, todas las cosas raras que hacías se consideraban como la libre expresión del genio; después, se tienen por algo fastidioso e insoportable.

—¿Se considera usted un hombre feliz?

—Diría que sí.

—Creo entender que el problema radica en si los demás son felices con usted.

—Me gustaría que lo fueran.

—¿No lo son?

—No.

No me cabía ya ninguna duda, sólo podía ser él, el Mr. Johnson del piso de arriba, nuestro Johnson sénior, que al comienzo de la entrevista había hablado demasiado y al final había empezado a tomarse las preguntas al pie de la letra y a contestar con monosílabos. De hecho, en ese punto concluía la entrevista.

Después, el artículo se refería brevemente a él. Era hijo de un cowboy, un vaquero de Oklahoma, y de una judía francesa, Micol Levi, cuyos padres consiguieron sacarla de París después del armisticio con Alemania. Estudiaba violín en el conservatorio y, con su instrumento por todo equipaje, fue a reunirse con sus parientes americanos, huidos de Europa del Este treinta años antes, tras uno de los numerosos pogromos. En 1910 los demás parientes habían proseguido viaje a Estados Unidos, mientras que los abuelos y los padres de Micol se quedaron en París. En Oklahoma, Micol conoció a Johnson, se enamoró, se casaron y tuvieron un niño al que le puso como nombre su propio apellido, Levi. Mr. Johnson decía que el de sus padres había sido un matrimonio feliz y que él había conocido a su padre al terminar la guerra, porque había nacido en 1941, poco antes de Pearl Harbor.

Micol no volvió a ver nunca a su familia, que se había quedado en Europa, aunque ellos la dieron por muerta de todos modos tras contraer matrimonio con un *goi*, es decir, un gentil.

Subí corriendo a leerle el artículo a Anna. Mientras leía, vi que se ponía de morros.

—¿Por qué pones esa cara? —le pregunté.

—Nunca hubiera imaginado algo semejante. Con lo contenta que estaba.

—¿Y ahora ya no lo estás?

—Johnson júnior me ha traído invitaciones para el concierto, para todos, incluido el novio de Natascia. Los billetes de avión a París, la reserva para tres noches de hotel. ¡París! ¡Ah, París! Con lo contenta que estaba. No veía la hora de contártelo. Ahora ese artículo lo echa todo por tierra.

—¿Y por qué tiene que echarlo todo por tierra?

—Porque un hombre que ha sido famoso, un gran artista, no tiene nada que ver conmigo.

—Y su madre, entonces, judía, parisina, estudiante de violín en el conservatorio, ¿qué tenía ella que ver con el padre, un vaquero de Oklahoma? Y sin embargo, ya lo has oído, fue un matrimonio feliz.

—Pero entonces había guerra. En tiempos de guerra, mi madre ya me lo decía, todo está patas arriba pero parece normal. Además, le da igual que yo vaya a su concierto,

ha dicho que con él nadie es feliz. Yo lo soy y no se ha dado cuenta.

—¿Tú sabías que su madre era judía?

—Claro que lo sabía.

—¿Y cómo no me lo dijiste?

—¿Qué tenía que decirte? Levi es Levi, judío o no.

—Yo creía que le habían puesto Levi de nombre como podían haberle puesto cualquier otro. Pero ¿él es judío de religión o es cristiano?

—Todavía no he conseguido entenderlo y no tengo ganas de preguntárselo. Ya sabes lo difícil que es hacerle preguntas a Johnson sénior, porque te contesta al pie de la letra y acabas entendiendo menos que antes.

—¿No come carne porque en Cagliari no hay carnicerías *kosher*?

—No lo creo, es vegetariano porque no soporta que los animales vayan al matadero. De niño se encariñaba con las vacas de la granja y después las veía marchar a la muerte en camiones.

—A lo mejor le hace daño pensar en sus abuelos maternos, que también acabaron en el matadero. ¿Y tú siempre le preparas tortillas?

—No le preparo únicamente tortillas.

—¿Y está circuncidado?

—Oye, que no soy tan tonta. *Ficchetta*, que no voy a caer en tus preguntas con trampa.

Natascia tampoco se lo ha tomado bien. Se ha alegrado por Johnson sénior y está contenta del afecto que siente por nosotros, sus únicos invitados. Pero no puede ir, porque su novio me conocería y seguramente se enamoraría de mí. Natascia dice que todos los amores terminan. La prueba está en que ni siquiera el de su padre por la otra mujer ha durado. Ni el del cocinero por la camarera joven y guapa, ni el del pintor por la mujer de los labios pintados. Sigue diciendo que ella no soportaría más adioses y que debe encontrar la manera de conseguir una cápsula de cianuro para llevarla en un pastillero colgado de una cadenita. Pero no sabe cómo. Natascia me ha hecho jurar que no le diría nada a Johnson júnior, porque la consideraría una estúpida, él nunca ha tenido problemas y no entiende. De todos modos, aunque se lo juré, como medida de seguridad enseguida fui a contárselo todo a Johnson júnior.

—Ah, claro, tenemos todos los elementos de una auténtica tragedia —dijo.

—Natascia ha pensado que antes del concierto se tomará todos los días nueve gotas de Lexotan, para soportar la idea de que su novio y yo nos conozcamos.

—¿Y por qué no se toma noventa gotas, se mete en cama y se queda en casa?

Pero no se puso hecho un basilisco y lo convencí de mi plan, yo me inventaré un empeoramiento de mi madre y también me inventaré que tengo que quedarme unos días en el pueblo, así Natascia podrá asistir tranquila al concierto con su novio.

—Estaremos todos menos tú, también irá Omar, que ahora se encuentra aquí en

Cagliari, pero volveremos juntos a París. Estaba contento porque, para variar, iba a tener cerca a todos mis seres queridos.

—No puedo causarle más preocupaciones a Natascia.

—¿Y París?

—Otra vez será.

—París te gustaría. Es tu ciudad.

—¿Más que Cagliari?

—Más que todas.

—Me basta con que lo pienses tú. Porque cuando alguien está seguro de que a otra persona le gusta algo, significa que le ha prestado atención y la conoce. Pero hay otro problema.

—¿Otro más?

—Anna oculta su edad.

—¿Annina? ¡Pero si Annina no ha cumplido aún los dieciséis! Además, ¿eso qué tiene que ver con el concierto?

—Tiene que ver porque durante el viaje a lo mejor habrá que enseñar los documentos. ¿Y si tu padre ve el carné de identidad de Anna?

—¿Mi padre?

—Puede ocurrir. Anna no se ha atrevido a contarte que oculta su edad. Te lo confía todo, pero esto no, ha sido incapaz.

—Pero ¿cuántos años tiene?

—Sesenta y cinco.

—De todas maneras es más joven que papá. ¿Y cuántos años le dijo que tenía?

—Cincuenta y cinco. Incluso se quitó la cadenita de oro que llevaba porque tenía grabada la fecha de nacimiento.

—¿Y todo eso para qué?

—Para que tu padre crea que se ha juntado con alguien mucho más joven que él, una especie de muchacha, y no con alguien que es un poco más joven y nada más.

—¿Es que no podéis hacer algo normal?

—No hables en plural. Yo no pinto nada. Yo soy normal.

Para el concierto, Johnson sénior, que siempre da la impresión de afeitarse con un sílex, fue al barbero. Anna le arregló el *costume*, que es como Johnson sénior llama, a la manera francesa, a la chaqueta masculina que para nosotros es el esmoquin. Anna se lo dijo, que no lo llamara *costume*, pero él le contestó que cuando se exhibe se siente un payaso, y entonces, lo que hace falta es un traje apropiado.

Me inventé que debía marcharme con urgencia al pueblo y me despedí el día anterior.

Excepto Johnson júnior, los demás no sabían nada. Los espíe a través de la ventana entreabierta y lloré, porque era la única que se quedaba, como Cenicienta, con las cenizas de la chimenea. Del piso de arriba bajaron en primer lugar Giovannino, puntual a fuerza de mirar el reloj de cuco, después Johnson sénior y Johnson júnior, que echó un último vistazo al equipaje y le dio una última pasada de cepillo a su padre. De Buckingham Palace, en una apoteosis resplandeciente de flores, lunares, cuadros y colores, salieron Annina y Natascia. Abajo, en el patio, los esperaban dos jóvenes; ya sabía que uno era el novio de Natascia y el otro, Omar, el amigo de París. Los observé y sin llegar a considerar los detalles, saltaba a la vista que uno era más bien feo, moreno, con rasgos de púgil prehistórico, y el otro realmente guapísimo, una especie de ángel. Entendí por qué Natascia me había prohibido ver a su novio, incluso a escondidas; no era para menos, con un novio tan apuesto entendía sus celos. Ella no sabe que conmigo puede estar tranquila, porque yo amo y siempre amaré nada más que a Johnson júnior. El otro, el feo, era seguramente Omar.

Johnson júnior dejó que salieran todos y se quedó el último, intuyó que yo estaba detrás de las persianas, intuyó que estaba llorando, y cuando estuvo seguro de que los demás ya estaban en la calle, esperando los taxis, me gritó:

—Calamidad, sin ti para mí tampoco París será París!

Se besó la mano y con esa misma mano me dijo adiós. Ya no pude moverme a causa de la emoción y el deseo. Me humedecí toda, cosa que nunca me había ocurrido, ni siquiera con las revistas pornográficas. Entonces empecé a masturbarme hasta que encontré mi ritmo, un placer sobrecogedor. Grité, pero no me salió bien un grito, sino un sollozo de felicidad. Ahora me masturbo muchísimo. Veo otra vez la escena, Johnson júnior que se besa la mano y con la mano me dice adiós, y el deseo es tan fuerte que se convierte en dolor y me humedezco toda y necesito recobrar ese placer sobrecogedor.

El concierto de Johnson sénior y sus amigos fue extraordinario, para la pequeña cuadrilla de Cagliari, para el público entusiasta. Los aplausos fueron interminables. Aquí, en la Marina, se produjo el asalto de los periodistas, que recorrían las tiendas pidiendo información sobre el gran artista, porque no había manera de dar con él. Está claro que todos dijeron lo que piensan de él, que es una bellísima persona, y omitieron comentar nada sobre el hecho de que parece un mendigo desastrado. Las personas famosas pueden vestirse como les da la gana y pasearse en un coche que es pura chatarra. Todos nos hemos dado cuenta de la grandeza de Mr. Johnson, del fervor que despierta en su público y del pesar que produjo su repentina desaparición de los escenarios.

Annina no hace más que hablar de París, de los tejados inclinados, de las chimeneas que han absorbido el color del cielo gris, pero no un gris triste sino alegre, mezclado con el azul. ¿Y los barcos? Los barcos en el Sena, silenciosos y lentos. ¡Ah, París! ¡Ella se sentía como si hubiese nacido en París!

Vieron desde fuera la casa de los Johnson, la de los viejos tiempos, en las Tuileries, en la tercera planta de un edificio del siglo XVIII, con balcones en hierro forjado y cortinajes pesados tras las puertas ventana. En una *banlieue*, a la que llegaron en tren, vieron la casa de Johnson júnior y Giovannino, antes de que se mudaran a Milán, ésa también la vieron desde fuera, porque la tienen alquilada hasta que Giovannino y su padre regresen. Una casita modesta, pero muy francesa, en medio de árboles, mucha hierba y hojas.

El concierto salió de maravilla, lo único fue que Annina pasó mucho miedo por Levi, porque él se puso a tocar el violín muy cerca del borde del escenario, con los zapatos desatados, y el escenario estaba alto, y en un momento dado uno de sus zapatos asomaba toda la punta por el precipicio. Pero gracias a Dios que después Johnson sénior retrocedió hacia el centro del escenario, a un lugar seguro.

Capítulo 12

Después de que todos los diarios hablaran del fantástico regreso a los escenarios del gran Levi Johnson, Mrs. Johnson, la señora de arriba, decidió regresar a casa. Toda recauchutada y con esa cara de susto que se les pone a las señoras que se hacen arreglos. Eso sí, guapa es un montón. Sólo me pregunto, ¿qué sentido tiene hacerte tantos retoques si después no quieres a nadie a tu lado?

Nada más llegar, se encontró con lo que se encontró, no sólo con un marido viejo, sino con el hijo, el nieto y un ama de llaves con toda la pinta de sentirse como en su propia casa.

Mrs. Johnson me llamó al timbre. Se presentó muy elegante, con una expresión de infelicidad en la cara. Tenía la mano puesta sobre el corazón y jadeaba.

—Perdóneme, ¿la molesto? Soy la señora de arriba.

—Sí, claro, ya nos hemos visto.

—Por cierto, gracias. Me han dicho que usted se ocupó de mis rosas. Son especies del siglo XVIII, las he traído de Francia, las Bourbon, las Madame Pierre Oger, las Louise Odier.

—Pase, pase. ¿Le apetece tomar algo?

—No, gracias —dijo con la voz aguda y entrecortada de quien habla de algo que no consigue tragar—. He visto que la señora de abajo trabaja en mi casa. No me acordaba de ella, pero en cuanto entré en mi piso la reconocí enseguida, por la ropa que hace daño a la vista, cuadros, flores, lunares. ¿No le parece a usted también que hace daño a la vista? Ha sido muy eficiente, todo está limpio y ordenado. Lo único es que en la terraza me ha plantado unas margaritas, que son flores muy vulgares y malolientes. En fin, que gracias de nuevo por haber cuidado de mis rosas.

Me estrechó la mano y se fue. Ahora, todos los días con cualquier excusa me llama al timbre.

—¡Pase! —le digo—. Pase, siéntese.

—¡No, no se moleste! —y se queda en la puerta.

Un buen día aceptó la invitación, entró y la hice sentarse en el sofá rojo de lana rizada, en el salón que da a la calle, porque desde la cocina, que da al patio, habría visto Buckingham Palace y no me apetecía.

—Leí en los diarios sobre el concierto de mi marido. Lo que cuentan los periodistas son puras tonterías. Jamás ha estado deprimido. Sencillamente vive en un mundo de fantasía y se siente mal cuando el real no se corresponde. Decidió no tocar más en público y no grabar discos porque el éxito no le importaba nada. Podía haber seguido dando conciertos y lo hubieran recibido con alfombra roja en Nueva York, en Tokio, en París, en el mundo entero. Por entonces iban a recogerlo en limusina, pero fijese, decía que no le gustaba que lo zarandearan. ¡Que lo zarandearan! ¡En las limusinas, en los vagones de primera de los trenes! No quería separarse del niño, que llegó después de muchos años de casados, no quería dejar nuestro cuarto de baño azulejado, con animalitos de goma en el borde de la bañera. ¿Sabía que mi marido es hijo de gente pobre, pobre y ordinaria? Salvo su madre. En la época de París debió de ser refinada.

Estudiaba violín, pero, con la ocupación nazi, la mandaron a Estados Unidos, a casa de sus parientes, unos judíos que habían emigrado mucho tiempo antes. Cuando la conocí, había perdido gran parte de su elegancia, claro, pero todavía se le notaba la educación. De todos modos, yo, en lugar de la mierda de las vacas de Oklahoma, habría preferido las cámaras de gas. Pero ella parecía feliz, no parecía arrepentida.

—¿Arrepentida de lo de las cámaras de gas?

Pero no contestó la pregunta y siguió diciendo:

—El que después sería mi marido ganó una beca para asistir al *college* al que me mandaron a estudiar también a mí desde Cerdeña. Lo conocí cuando teníamos dieciséis años. Estaba fascinada. Loca por él. Tocaba el violín. Pero ya entonces era raro. Confraternizaba con sus rivales de la orquesta. Nunca hablaba de sí mismo con convicción. Si se trataba de ser elegido para algo importante, siempre apoyaba a los demás. Le disgustaba ganar. Y cuando se le terminó el éxito, se conmovía al leer sobre los éxitos de sus amigos, recortaba los artículos y los guardaba celosamente. Muchas veces yo le arrancaba de las manos los malditos recortes y se los rompía en pedacitos.

—Johnson sénior no conoce los malos sentimientos, para él el mundo es bueno, como para Giovannino, que tiene muchísimas cosas de su abuelo.

—No puede tener nada de su abuelo cuando lo trata desde hace apenas unos meses.

—Lo que cuenta es el ADN. ¿Ha oído cómo toca el violín su nieto? Ciertos talentos son hereditarios.

—Ya, hereditarios... En fin, que yo era feliz viajando por el mundo, de modo que de zarandeos, nada de nada. También vivimos en Nueva York, porque yo quería que mi hijo se sintiera americano y quería que estudiara en Estados Unidos, pero ese país le ha hecho daño.

Ahora la señora de arriba baja a verme incluso con ropa de estar por casa, en pantuflas, pero de esas preciosas, con tacones y plumitas de avestruz. Trae los ojos embadurnados de maquillaje y se nota que ha llorado.

Me gustaría dejarla en la puerta, porque yo estoy de parte de Anna, pero me da pena y le digo que pase y se siente en el sofá rojo de lana rizada y le pregunto si le apetece tomar algo.

—¿Cómo es esta historia de la señora de abajo que vivía en mi casa y en cuanto yo le ofrecí generosamente que se quedara como ama de llaves, recogió sus bártulos y se volvió para su piso? ¿Qué le he hecho yo? ¿No se habrá hecho amante de mi marido? Pero si ella también es una vieja igual que yo. ¿Qué es lo que quieren, vencer a la naturaleza? ¿Actuar en contra de todo sentido común? ¿Quieren hacerse los jovencitos? ¿Ser lo que no son ni nunca más serán? ¿Y mi hijo? Él también contrario a la naturaleza. Sin futuro. Todos sin futuro. Padre, hijo e hijito, el pobre no tiene la culpa. Es difícil, créame, muy difícil querer a alguien que no hace nada, pero absolutamente nada de lo que una quisiera. Llegué incluso a pensar en suicidarme. No quería saber nada más de ninguno de los tres. Me fui aprovisionando de pastillas para dormir que el médico me había recetado para varios meses y todas las noches dejaba de tomármelas y las guardaba para tragármelas todas juntas. Pero las guardé durante demasiado tiempo y, cuando decidí que había llegado el momento de morir, las pastillas más antiguas habían caducado.

—Se lo ruego, Mrs. Johnson —le dije tomando sus manos entre las mías—, deje de pensar en el suicidio.

—¿Cómo hago para no pensar en ello con todas esas cosas contrarias a la naturaleza?

—No entiendo. ¿Qué es contrario a la naturaleza?

—No hay nada que entender. Son americanos. En Estados Unidos no se resignan ante el curso las cosas. Y no es ninguna casualidad que mi marido sea americano y que mi hijo sea hijo de un americano.

Capítulo 13

Un día Mrs. Johnson se presentó en la puerta de mi casa y dijo:

—¡Hola! ¿Qué tal si nos tuteamos?

—Claro, pase. Quiero decir, pasa. Ay, me cuesta tutearla. Hagamos una cosa, usted me tutea y yo la trato de usted.

—Te molesto porque se me ha ocurrido algo que me atormenta y no puedo contárselo a nadie.

Entonces, como siempre, fuimos a sentarnos en el sofá rojo de lana rizada.

—¿Sabes guardar un secreto?

—Sí.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Pero ¿por qué me hace confidencias justamente a mí, Mrs. Johnson?

—No sabría con qué otra persona hablar.

—¿No tiene amigos, aquí en Cagliari?

—Conozco a muchas personas, pero no son amigas mías. Además, tú te pareces a alguien que siento muy cercana, aunque sea una ridiculez.

—¿Una ridiculez?

—Te pareces a la hija que me habría gustado tener, con ese bolso en bandolera cargado de libros, rubia, pálida, juiciosa, elegante.

—Y una calamidad.

—De eso ya me he dado cuenta.

—¿Por qué?

—Por el olor a quemado que sale por la ventana de tu cocina. Por el estrépito que hacen las cacerolas cuando se te caen de las manos. Por cómo tiendes a secar la ropa. Y, no te lo tomes a mal, por lo que me convidas cuando vengo a verte.

—Lo único a lo que la convidó siempre es té.

—Precisamente.

—Entonces ¿quiere que vaya a prepararle un té?

—No, gracias. Tengo que hablar contigo. Quédate aquí sentada. ¿Prometes que guardarás el secreto?

—Lo prometo.

—Después de los sesenta y cinco años, a mi marido le entraron ciertas ganas, ciertas curiosidades. Empezó a comprar revistas guarras, ¿me comprendes? Quería que yo hiciera lo que se veía en las fotos. Y yo le decía: «Pero si soy una vieja. Estoy fofa.

Debíamos haberlo pensado antes. Además, ¿acaso lo nuestro no ha sido bonito igual? ¿Acaso no es ahora el momento de descansar, de ser amigos fraternales? ¿No es lo que le pasa a todo el mundo, después de cincuenta años de vida en común?». Estoy segura de que la señora de abajo se convirtió en su amante y también entiendo por qué: hace lo que sale en esas revistas asquerosas. Qué vergüenza. Ella también es una vieja. ¿Qué se creía, que iba a ser la dueña del piso de arriba? ¿Qué yo no iba a regresar?

—No se creía nada. Anna es la persona más ingenua que conozco.

—Lo calculó como una auténtica puta. ¿Sabías que su madre también era puta? Aquí, en la Marina, lo sabe todo el mundo.

—No es puta y le aseguro que es incapaz de calcular nada.

—Eres demasiado joven para ciertas cosas. Si hubieses hojeado esas revistas, a lo mejor sabrías a qué me refiero.

—Las he hojeado, las revistas.

—*Mon dieu!* Pobrecita mía. Mira que tener que ver ciertas cosas a tu edad.

—Desde que ocurrió la desgracia reúno información sobre el sexo. Johnson sénior no tiene la culpa.

—*Mon dieu!* ¿Qué desgracia?

—La de mis padres. Oí decir que la estudiante de la que se enamoró mi padre, esa por la que se suicidó, era una máquina de guerra del sexo. Después de la muerte de Lady Diana, leí en un periódico que en vez de preferir a su guapísima esposa al príncipe Carlos le gustaba esa otra señora feúcha, Camilla, y era siempre por el sexo, y también leí que el rey Eduardo VIII de Inglaterra renunció al trono por amor a Wallis Simpson, una plebeya, y que Wallis lo conquistó con las artes aprendidas en un establecimiento de dudosa fama de Shanghái. Pensé que si yo también aprendía esas artes, nunca me dejarían por otra, como le pasó a mamá con mi padre. La estudiante esa era fea, si hasta tenía un poco de bigote, y recuerdo que cuando me besaba para despedirse, me pinchaba. Y aun así... Siento curiosidad por todo lo que pueda conducirme al establecimiento de dudosa fama al que fue Wallis Simpson en Shanghái.

—La muy guarra y puta de tu amiga seguro que sabrá indicarte el camino.

Me levanté de un salto como para invitarla a marcharse, pero estalló en sollozos, entonces le dije que se quedara todo el tiempo que quisiera, con la condición de que no hablara mal de Anna.

—¿Es que no sabéis que soy dueña de todo? —continuó diciendo—. Mi marido tenía una sola casa de su propiedad en la playa, en uno de los lugares más famosos de Cerdeña, una maravilla, yo insistí para que se la comprara cuando todavía ganaba mucho con el violín. Porque era un gran violinista. Pero no sabía vender su arte. Renunciaba a los contratos más ventajosos, no quería saber nada de entrevistas. Él no sabe lo que son los buenos modales, no se resiste a los impulsos. Si se aburre, se duerme delante de quien le está hablando. Además, despilfarraba el dinero que ganaba, fueron muchos los que se dieron cuenta de que bastaba con pedir para obtener algo. Sólo quedó lo que era mío. A veces me preguntaba si era bueno de verdad. O sólo tonto. Un inadapto. En fin, que conseguí que se comprara aquella casa. Pero nunca se comportaba como una persona normal. Andaba siempre entre las

rocas buscando lapas, mientras en la playa había gente importante con la que establecer contactos. Se acercaban a nuestra sombrilla, querían saludar al violinista, felicitarlo. Yo me mataba haciéndole señas desde la playa, lo llamaba. Las rocas no estaban lejos, pero él fingía no enterarse. Además, decía que como acababan de ponerse los sombreros, los pareos o los bronceadores o de salir de la peluquería, estaba seguro de que nadie se habría tirado al agua por él. Eso decía. En cuanto llegaba el niño, regresaba a la sombrilla y los dos se ponían a jugar. Rodaban por la arena y construían castillos, y si alguien se acercaba, él seguía concentrado en levantar una torre, un puentecito, una fortificación. Cuando nos invitaban, era un aguafiestas y me decía: «¿Qué vas a hacer tú en esas cárceles?». Yo iba, sola y triste, por amor a él, para estrechar relaciones con esas personas importantes. Y qué fiestas daban, de cárceles no tenían nada. Cuando ibas hacia esas mansiones, el cielo se veía a trocitos, de tan altos que eran los árboles y de entrelazadas que estaban sus ramas sobre los senderos de guijarros. Después, a medida que avanzabas, el cielo se abría y te encontrabas en un prado de hierba perfectamente cortada, con parterres de flores multicolores y mesas con manteles de encaje agitados por la brisa, y camareros que llegaban con bandejas llenas de copas de cristal. Yo hacía algún contacto para algún concierto, regresaba a casa entusiasmada y se lo contaba todo. Pero él decía que ninguna de esas personas lo había oído tocar y que no lo apreciaban de verdad, sencillamente se habían enterado por los diarios o la televisión de que un violinista americano se había instalado en Cerdeña por amor. Me convenció para que vendiera aquella casa y comprara una *choza* en una islita de pescadores, a la que se llegaba en ferry, tras un viaje en el que te azotaba el viento. Un viento que se te llevaba. Pero nuestra *choza* estaba cerca de las playas tranquilas, se entraba por una de esas verjas que interrumpían largas murallas blancas, sepultadas en el monte espinoso, que te arañaba, y los huertos, huertos miserables, de tomates. Me acuerdo del suelo, qué asco, cubierto de higos violáceos despachurrados y, aparte de las cigarras, el silencio era absoluto, angustiante. Bonita lo es, la isla esa. Pero a mí no me gustaba. En ciertos lugares el agua es celeste, o de un azul verdoso oscuro, y el fondo marino está lleno de peces, pero a mí no me gusta bañarme cuando el fondo es rocoso y no puedes pisar en ninguna parte porque si no te haces daño, y tienes que estar todo el rato nadando, nadando, porque salir del agua es una hazaña. Una pequeña isla donde el paisaje cambia en un radio de pocos kilómetros. Con unos senderos estrechos, cavados en los acantilados, que se encaraman por las rocas hasta abrirse libres y rectos como pistas de aterrizaje en la piedra negra, a plomo sobre el mar. ¡Qué miedo! Unos acantilados plateados que te recuerdan los cráteres lunares. Qué desolación, perdidos en otro planeta... A mí no me gustan los acantilados complicados y a trasmano. Prefiero las calas redondas, suaves y perfumadas, pero mi marido nunca quería ir a esas calas, porque claro, estaban llenas de gente. Y el cielo, cuántas estrellas, él estaba embobado con las estrellas y tocaba el violín para ellas, para las estrellas, pero a mí me dan igual las estrellas en el cielo y me canso de estar con la nariz apuntando hacia arriba y me parecía ridículo que él tocara el violín para las estrellas. Había que verlo a mi marido, tan inútil y a disgusto en tierra, cómo se movía entre peces y jardines submarinos, cómo cabalgaba las olas. Hasta miedo me daba. Desde entonces pienso que a lo mejor Levi Johnson no es un terrícola. Es lo que dicen, ¿no?, que de otros planetas nos mandan alienígenas, replicantes idénticos en todo a nosotros, para observarnos, pero si los miramos con atención, nos damos cuenta de que no son de los nuestros. Claro que él parecía un ser humano en todo, absolutamente en todo, y después de que tuvimos a nuestro niño, fue un buen padre. Entre aquellas piedras los niños pescaban pececitos con sus redes, y jugaban en la calle o en la plaza, vigilados por los viejecitos que se apretujaban en los bancos. Mi marido decía que para el niño era mejor, porque en el sitio de antes, el mar estaba tan invadido por botes y flotadores

con enormes cabezas de animales que sólo debajo del agua se podía estar tranquilo, y en las rocas no había lapas ni erizos, mientras que allí los había a montones. Erizos y lapas, cuando podíamos permitirnos tomar langostas. Pero él no come animales superiores. En la isla preparan un atún riquísimo, pero cada vez que en el restaurante me daba por tomarme un trozo, no hacía más que hablarme de la matanza, del sufrimiento de esos pobres desgraciados. Y después, a ver quién era capaz de comerse el atún... Además, a él le disgustaban los chismorreos de los habitantes de los chalets; en cambio, en la isla hablaban siempre de barquitas de madera y sus nuevos amigos le enseñaron todo sobre el mar, hasta el punto de que ya no parecía él, sino un verdadero marinero, aunque no pescara, porque juró que él jamás habría matado ni pedido a nadie que matara para darle de comer. Probablemente fueron ellos quienes le metieron en la cabeza la idea de los barcos de crucero. Allí tampoco había nadie que conociera su música, y ni siquiera lo felicitaban, porque seguro que nunca habían leído los artículos sobre él, y hablaban de otra cosa, y por la mañana, la gente bajaba a la playa incluso en pijama, y con estos ojos vi que muchos se metían en el agua en calzoncillos. Se compró una barquita de madera, característica del lugar, cuando nos podíamos permitir un yate.

—¿Eran muy ricos?

—Ha pasado tanto tiempo desde que fuimos muy ricos que ni siquiera me acuerdo bien de cómo es. Cuando terminamos de venderlo todo, nos vinimos aquí, a esta casa. Llevamos juntos cincuenta años. A veces hasta hemos sido felices. Ahora pienso que he amado a un alienígena. Cuando mis familiares se encontraron delante de aquel muchacho americano también preguntaron, como hace todo el mundo, si era uno de los Johnson de la empresa Johnson & Johnson. No lo era. Se llevaron un disgusto y dijeron que para eso más valía que me hubiese buscado un sardo. Pero yo estaba enamorada y sabían que tenía carácter fuerte y que no había nada que hacer. Casi nunca íbamos juntos a Estados Unidos, él se iba a ver a su familia, a un lugar que está en el quinto pino y donde no había nada del auténtico Estados Unidos, y allí tenían cuatro granjas que olían a mierda de vaca. En las estaciones intermedias vivíamos en París y París era realmente París. Pero no desde el principio. Primero se trasladó él. Tenías que haber visto la casa que eligió, una especie de cochera para caballerías y carruajes en un edificio del siglo XVIII, transformada después en portería. A Levi no le gusta poseer, se encariña únicamente con las cosas que los demás desechan. Sus coches han estado siempre para el desguace, os habréis dado cuenta, los muebles que él elige han sido siempre desvencijados. En fin, cuando llegué, al lado de nuestro tugurio oscuro y húmedo vi el vestíbulo del edificio, con espejos y escalinata de pizarra y pasamanos de hierro con sus hojas de vid y sus sarmientos decorativos, que empezaba ancha por abajo e iba estrechándose a medida que subía. Un solo apartamento por planta. Aquella era la casa donde tendríamos que haber vivido nosotros. Por teléfono me había hablado de la caballeriza como si fuera un paraíso. Primer *arrondissement*. Les Tuileries Louvre. Sí, pero seguía siendo una caballeriza remodelada. Y ni te cuento la de discusiones, la de esfuerzos que tuve que hacer para convencerlo de que dejáramos la caballeriza y subiéramos al tercer piso, a las estrellas. Pero él la echaba de menos y cada vez que salíamos por el portón y veíamos la vieja caballeriza—portería, nunca dejaba de decir que, en el fondo, allí vivíamos mejor.

»La cuestión es que mi marido y mi hijo son dichosos por naturaleza y con muy poco ya son felices. También tu amiga, la señora de abajo, debe de ser como ellos, una alienígena. Aunque te digo una cosa, si por casualidad, aunque no creo, fuese su amante, me pregunto cómo han podido enredarse de este modo en las turbulencias de la vida. La verdad, no los envidio. Pero no quiero seguir molestando, ni hablar mal de tu

Anna; además, no sé si es realmente la amante de mi marido.

Se levantó del sofá, la acompañé a la puerta, me abrazó, se echó a llorar otra vez y se limpió los mocos con la punta de la bata.

Johnson júnior me contó que el día en que ella regresó, entró en la casa con sus llaves, se puso a recorrer todas las habitaciones, pasando delante del marido, del hijo y del ama de llaves como si fueran muebles. Sin dignarse siquiera a saludarlos. Y a Giovannino, que no lo conocía, lo observó fijamente con su mirada negra y firme. Después, con las manos juntas, volvió los ojos al cielo, como rezando, y con aire de desprecio se fue a su dormitorio y cerró la puerta con llave.

Le pregunté por qué su madre dijo que él hacía cosas contrarias a la naturaleza.

Me contestó que la vida nos llena el corazón y no siempre podemos echarla. No lo entendí, de todos modos tengo miedo de que en esta historia alguien acabe suicidándose, por ejemplo la señora de arriba. Tengo miedo de que vuelva a aprovisionarse de pastillas. Desde que mi padre lo hizo, siempre tengo miedo de que las personas tristes se quiten la vida. Incluso ahora, si una persona triste me pide que la llame por teléfono, y yo la llamo y no la encuentro, enseguida pienso en sus pies y los veo metidos en un par de zapatos lustrados que cuelgan del techo, y después, esos mismos zapatos los veo vacíos. Para mí la muerte es un par de zapatos vacíos.

Una noche ya no aguantaba más y llamé a la puerta de Anna.

—Tengo mucho miedo a la muerte —le dije.

—*Mischinedda!* —me contestó y desplegó una sábana sobre el sofá, en Buckingham Palace.

Natascia tuvo un mal sueño con eso de los celos, y para que a su madre no le diera también una pesadilla, se trasladó a Buckingham Palace, donde ocupó otro sofá. Con la luz apagada me contó el mal sueño.

—Estábamos en la playa con mi novio y un grupo de gente que no habíamos visto nunca, pero que en el sueño conocía bien. Mi novio se quedaba rezagado con una chica y yo me decía: «No puedo controlarlo de este modo. No puedo ir donde están ellos. ¿Qué puede ocurrir si caminan un trecho juntos?». Pero resulta que esos dos no llegaban nunca. Desesperada, ya me disponía a ir a buscarlos cuando la chica apareció sola y me dijo: «Nos hemos enamorado». Y yo le preguntaba: «¿Dónde está él?». Y ella me contestaba: «Se ha quedado allá atrás. No ha tenido el valor de decírtelo. Y yo ahora tengo prisa y no te lo puedo explicar. Te doy mi número. Llámame un día de éstos».

Natascia lloraba a moco tendido.

—Si llega a ocurrir, me mato.

Me fui a sentar en su sofá.

—No digas esas cosas, no tienes ni idea de lo que es un suicidio para los que se quedan.

—Me gustaría conseguir un poco de cianuro, por seguridad. Me obsesiona el hecho de que, llegado el momento, podría no tenerlo y verme obligada a soportar que mi novio se enamore de otra.

—De acuerdo. Pero mañana se lo comentamos a Johnson júnior y ya verás cómo te convence.

—Johnson júnior nunca ha tenido problemas y no puede entenderlo.

Capítulo 14

Las señoras de abajo y de arriba han vuelto cada una a su sitio.

Annina ha tenido que buscarse corriendo otro trabajo de asistenta y volver a ponerse la pastillita para el corazón debajo de la lengua. Por la mañana sale tempranísimo y por la noche regresa con las bolsas de la compra.

Johnson sénior tiene un aire atormentado y, si es posible, está todavía más *fuliau de sa maretta*[9]. En vista de que las cortinas de Buckingham Palace están siempre echadas, para ver a Anna se pone en la escalera de servicio a la hora en que ella regresa del trabajo y quiere quitarle de las manos las bolsas pesadas con la compra, pero ella las sujeta con firmeza porque no quiere su ayuda. Dice que no es una *destrozahogares*, así que se retira en buen orden.

Mr. Johnson se pone también en la parada donde sabe que Anna espera el autobús, finge que pasa por casualidad, en su chatarra de coche, y le pregunta si puede llevarla al trabajo.

—No se moleste —contesta Anna, que le habla otra vez de usted, y le vuelve la cara.

Después se queda sentada en el murete, con las piernas colgando, esperando el autobús, y, cansada y melancólica, lo ve desaparecer en su chatarra de coche, y entonces se echa a llorar.

O si no él pasa y vuelve a pasar por las tiendas de alimentación donde sabe que ella hace la compra y, si la ve, entra y le ruega que lo deje explicarse.

—No hay nada que explicar —contesta Anna—, está todo en orden.

Anna y Natascia recorren las cortinas sólo por la mañana temprano y las veo mientras desayunan. Se nota que están calladas, la madre echa trocitos de pan en la leche, acercando mucho la cara a la taza. Se coloca la servilleta alrededor del cuello antes de ponerse a comer, y después, en cuanto empieza, se la quita, como hace Johnson sénior, la única costumbre que le ha quedado del piso de arriba. Entonces, cuando se da cuenta, se echa a llorar.

—Yo hablaría con Levi —me confesó—, pero Natascia no quiere. Me ha amenazado: «Si sigues haciéndole caso a ese hombre, nunca más volverás a verme».

—¿Por qué tú lo querrías incluso con su mujer en casa? ¿No dices siempre que no quieres ser una *destrozahogares*?

—Lo querría incluso por una o dos horas, incluso un par de minutos. Pero ¿adónde podemos ir? Podría venir al piso de abajo, pero Natascia me controla y es capaz de pedir permiso en el trabajo para presentarse de repente.

—Creía que ante todo te interesaba el piso de arriba.

—Con él sería feliz incluso en el tugurio donde vivía con mi madre, aquí en la Marina.

—Annina, entonces eres tú quien manda. Debes decirle a Natascia que no son asuntos suyos. ¿De qué te acusa? ¿Qué quiere de ti?

—Querría una madre normal.

—¿Y cómo es una madre normal?

—Una que a mi edad ya no piense en el amor ni en ser feliz. Me acusa de tener la cabeza llena de cuentos de hadas, de haber intentado llenársela también a ella, pero no se ha dejado engañar.

—Mis padres me contaban muchísimos cuentos de hadas y rimas infantiles. Los cuentos de hadas me gustaban porque terminaban bien, las rimas porque el mundo era al revés, pero todos estaban contentos. ¿Qué sería la niñez sin cuentos ni rimas?

—Cierto. Mi madre nunca me contaba nada, pero las mujeres de la Marina, ellas sí que me contaban cuentos. Las pocas señoras ricas que había hasta me compraban libros. Hermosísimos. Los guardo en el arcón.

—Creía que allí guardabas la cubertería de plata.

—¡La plata! *Gioja!* ¿Me tomas el pelo?

—¿Me dejas verlos? —hice ademán de ir a abrir el arcón.

—No. No. El arcón no se abre.

—¿Y Natascia los leyó?

—Claro, pero a ella no le gustaban, decía que eran cosas que no podían ocurrir y me miraba con desconfianza, siempre con ese aire acusador tan suyo. La tiene tomada conmigo porque no he sabido darle una familia normal, quedándome con mi marido.

—Pero si el que te dejó fue él.

—Aunque era pequeña, a lo mejor se dio cuenta de que yo a su padre no lo quería.

—¿Lo maltratabas?

—¡No, qué dices! Era amable con él y hacía todo lo posible por entrar en aquel zapato apretado que era mi matrimonio. Hasta me corté los dedos, como las hermanastras de Cenicienta, para que el pie me cupiera en el zapatito y así poder casarme con el príncipe. Pero no hubo nada que hacer. Antes de casarme yo tuve muchos novios, y siempre llegaba un momento en que me dejaban sin darme ninguna explicación. El único que me tomó en serio fue el único que no me gustaba para nada, pero yo tenía treinta y cinco años y ya era tarde para una vida normal. Natascia siempre intuyó la verdad, aunque nadie se la haya dicho nunca.

—Johnson júnior dice que debemos comprender quiénes somos, en qué zapatos podemos meter los pies.

Desde mis ventanas que dan al patio los veo, a Annina y a Johnson júnior cuando se confiesan. Se encuentran a solas y se sientan a una de las mesas de Buckingham Palace; cuando está él Annina deja las cortinas descorridas, porque se siente a salvo de cualquier posible ataque de su hija. Saca el florero de cristal de Bohemia, uno de los manteles bordados en malla, la porcelana y pone la mesa. Los veo sentados uno frente al otro, hablando sin parar.

A veces Anna se queda mirando fijamente los objetos de *s'aposentu bonu*.

—¿No es ridícula esta habitación? —me pregunta—. ¿No parece una *bidduncula*[10] vestida de fiesta? *De fai morri de s'arrisu!*[11]

—Es muy bonita y elegante —miento.

—¿Has visto?, ahora en el piso de arriba vuelven a tener criada de uniforme, y para su nieto, Mrs. Johnson ha contratado a una tata que lleva delantal azul y cofia blanca. Pero Giovannino no necesita a esa tata, justo él que se ha educado solo.

—Se oyeron unos gritos descomunales entre Johnson júnior y su madre y después a la tata esa no se le vio más el pelo.

Sigue la época difícil también para Natascia. Su novio ha encontrado un nuevo trabajo en el que está en contacto con muchas mujeres.

Una noche que fui a la cocina a beber un vaso de agua vi que en Buckingham Palace la luz estaba encendida. Eran las tres de la mañana. Esperé un rato, pero no la apagaban y me pareció oír un llanto, unos sollozos. Entonces pensé en el corazón de Anna y salí a llamar a la puerta. Pero era Natascia que había tenido otro mal sueño de celos, una pesadilla horrible. Su novio y una colega estaban en una habitación, él se agarraba la cabeza con las manos, como desesperado. Natascia entraba en la habitación y él la miraba con desprecio, se metía el dedo en la nariz y le lanzaba unos mocos que se le estampaban en la camiseta, entonces ella salía corriendo y en ese momento se despertó y sus sollozos desesperados asustaron a su madre.

Me dio pena, me parece que Natascia se está volviendo loca, como mi madre, y encima por algo que no existe. Le propuse que llamáramos a Johnson júnior, aunque fuesen las tres de la mañana, estaba segura de que iba a decir lo correcto. Pero Natascia no quiso saber nada y dijo que Johnson júnior es una persona que nunca ha tenido problemas, alguien con la vida resuelta, un camino en la llanura sin una sola piedra, y no lo puede entender.

Capítulo 15

La señora de arriba no está segura, porque le parece increíble la forma en que han ido realmente las cosas entre su marido y la señora de abajo. Y quizá, para disipar todas sus dudas, o tener una confirmación, busca cada vez con más frecuencia a Anna, pero Anna no le abre y, si las cortinas están descorridas, porque no se puede estar siempre con las luces encendidas, se esconde detrás de un mueble.

Entonces, Mrs. Johnson viene a mi casa y yo tengo cuidado de que no entre en la cocina, desde donde se ve a la perfección si Anna, creyéndose fuera de peligro, está o no.

Mrs. Johnson habla siempre de París. De lo maravillosa que fue la época en que vivieron allí, de la suerte que habría tenido su marido si se hubiesen quedado, pero él había querido regresar a Cerdeña, que está bien, pero sólo en las vacaciones.

En cierta ocasión en que yo estaba en casa de Anna, precisamente al lado de la gran puerta ventana de Buckingham Palace, Mrs. Johnson nos vio y Anna no pudo escapar. Naturalmente la conversación giró en torno a la fea vida de ahora y lo hermosa que era la vida en París. Anna se sentía tan inferior a la señora de arriba que habría querido no escuchar. Pero escuchaba, porque París es París y a ella también le habría gustado decirle a Mrs. Johnson que había visto las chimeneas y los tejados que absorbían el color pizarra del cielo, pero no quería herirla, porque también ella, *mischinedda*, ¿qué culpa tenía de ser tan distinta a su marido? Y así París se quedó completamente encerrada en las sílabas de las palabras misteriosas de Mrs. Johnson, que para la cena prepara a menudo *soupe à l'oignon*, una sopa de cebolla normal.

—Pero la *soupe à l'oignon* —suspira Annina—, ¡ah, la *soupe à l'oignon*!

También hablan del viento; aquí, en Cagliari, el viento es un tema de conversación como el tiempo en Londres. Anna dice que no podría vivir en un lugar donde no hubiera ropa tendida ondeando en el aire. En cambio Mrs. Johnson no tolera el viento porque lo deja todo desordenado.

Mrs. Johnson se ha olvidado de la entrada principal al edificio y siempre utiliza la de servicio, que está en el patio interior, de manera que pasa delante de la casa de Anna y se detiene, aunque casi siempre la dejen de pie en la balconada. Cuando se va, si por casualidad estoy allí, Anna y yo nos miramos como queriendo decir que, en el fondo, Mrs. Johnson no es tan odiosa. En cierta ocasión incluso nos cantó en francés una canción de Edith Piaf, *Milord*, y claro, quedaba un poco ridícula, pero al mismo tiempo tierna, y Anna también se sabía la canción en italiano, porque es de la época de ambas, y las dos se pusieron a cantarla a coro: «¡Ven conmiigo, Miilord, ven conmiigo, Milord! ¡La la la la la la laralalalala!».

Yo creo que si queremos que una persona que nos cae antipática siga siendo antipática para siempre, debemos negarnos de plano a conocerla.

Mrs. Johnson, por ejemplo, no es mala, sólo es una señora con sentido común. En la escuela primaria y secundaria, los padres con sentido común prohibían a sus hijos que hicieran los deberes conmigo, por miedo a que se contagiaran de mí. Pero en el bachillerato la cosa fue distinta, especialmente el último año, con todos esos escritores y poetas locos y suicidas, a los que estudiábamos y queríamos, y encima conseguí hacer algún amigo, pese a que era tarde y ya se me había metido muy dentro la idea de que era yo una paria y una escoria. De todas maneras los escritores me hicieron

bien y yo me sentí tan agradecida que, en lugar de matricularme en Botánica, donde habría sido una entendida por lo de mi jardín, me matriculé en Letras.

En fin, que todo volvió a ser como antes. Mrs. Johnson en el piso de arriba y Anna en el piso de abajo.

Mrs. Johnson quiere silencio absoluto y se lleva el índice a los labios y dice «¡chsss!» cuando Giovannino está concentrado en los deberes del colegio, él que siempre ha estudiado sin problemas incluso con la aspiradora en marcha. Pero aunque diga «¡chsss, chsss!», después Mrs. Johnson riñe a gritos a su hijo, por motivos banales, según dice Johnson júnior, y él se marcha dando un portazo y baja las escaleras corriendo. A lo mejor al día siguiente nos enteramos por Mrs. Johnson de que su hijo rompió algo sin querer y ella no soporta que se rompan las cosas, así que al final no son motivos banales. Él, en el tiempo que pasó con Johnson sénior, se acostumbró a que si se le caía un plato, le decía a su padre:

—*I have broken a dish.*

—*Really?* —le contestaba su padre.

Johnson júnior es, sin duda, un tipo rutinario y tú te acostumbras a algo determinado, por ejemplo, a que te salude y te dé las buenas noches. Tú esperas y el saludo llega, con puntualidad, antes de la noche.

Un buen día, mejor dicho, un mal día, el gesto no llega y esperas, esperas, y desesperas, pero no puedes decirle nada, porque Johnson júnior no soportaría que lo tomaran por un tipo rutinario.

Un día quedamos en vernos pero no se presentó y no me contestaba al móvil. Entonces, con una especie de mal presentimiento, fui a buscarlo a su casa, y allí no sabían nada. Le pedí a Giovannino que fuéramos a juntos a ver si lo encontrábamos y salimos a la calle, mientras íbamos andando lo llamábamos obsesivamente al móvil y no contestaba. Giovannino me dijo que él creía que su padre estaba en el puerto.

Era una tarde que no tenía nada de primaveral, húmeda y pegajosa, lloviznaba. Los coches hacían cola para subir al barco y zarpar, y no muy lejos, allí de pie, reconocí a Johnson júnior.

—¡Es Omar! —gritó entusiasmado Giovannino—. ¡En ese coche!

Y me soltó un momento la mano con gesto decidido, como para echar a correr hacia ellos. Pero después me la volvió a aferrar con un gesto igualmente decidido y me observó solícito, me pareció que con cariño, con compasión.

Su padre y el muchacho que iba en el coche se miraban en silencio y Johnson júnior tenía un aire como ausente, como de desesperación. Después el muchacho salió precipitadamente del coche y corrió a abrazarlo y se besaron en la boca, pero no era el que yo había tomado por Omar, sino el ángel hermosísimo que yo había creído que era el novio de Natascia.

Entonces se esfumó todo, como cuando despiertas de un bonito sueño. Me quedé allí pasmada, como delante de un barco que te has matado en salvar pero que se va a pique, porque ya le resulta imposible resistir.

Se puso a llover con ganas y no abrí el paraguas. Lo abrió Giovannino, con la mano libre, porque con la otra me sujetaba con firmeza.

Después, cuando su padre se dio media vuelta para irse, nos vio. Y se puso hecho un basilisco. Me agarró del brazo.

—Ni se te ocurra echar a perder a mi hijo metiéndole en la cabeza tus miedos al abandono. No hace falta que me vengas a buscar. Yo no desaparezco. No soy como los de tu familia. Soy una persona alegre, no hago dramas, no me suicido.

—¡Déjala en paz! ¡Ella no echa a perder a nadie!

Giovannino le asestaba puñetazos en el brazo.

Entonces su padre afinó la puntería.

—Quédate tranquila. No me pasa nada. Estoy alegre y tranquilo, porque en este mundo vivo como puedo.

Caminé mucho rato bajo la lluvia, yo sola, quería calarme hasta los huesos, que me diera una pulmonía, correr otra vez hacia el puerto y engancharme el vestido en alguna parte e irme a pique como en mi sueño.

Cuando regresé a casa, ya muy tarde, debajo de la puerta me encontré una notita de Johnson júnior: «¿Has visto, Calamidad, cómo ha pasado esta tarde gris, húmeda, penosa, y cómo en el cielo brumoso asoman otra vez las estrellas? Ése era el lado trágico de la vida. Ahora ya estás del otro lado».

En el piso de arriba, en los días siguientes todo fueron portazos. Mrs. Johnson y su hijo compiten a ver quién los da más con más fuerza. Johnson sénior y Giovannino tratan de calmarlos.

Johnson júnior está ya en la escalera, su madre abre otra vez después de que él ha dado un portazo y seguro que lo insulta entre dientes, porque se oye a Johnson júnior que le pregunta:

—¿Qué me has dicho que soy?

—¡Lo has oído a la perfección!

Y así un día se fue con Giovannino.

Ese mismo día Anna se dio cuenta de que ya no podía seguir trabajando.

Por primera vez la vi sentirse mal de verdad. Tras soltar a su alrededor todas las bolsas de la compra, se desplomó en el sofá y ya no consiguió levantarse. Lo intentaba y volvía a desplomarse.

—Prométeme que convencerás a Natascia para que no me operen, no dejarás que me lleven al hospital, ¿verdad? Yo no quiero vivir a toda costa. Esos que quieren hacerte vivir a la fuerza son más peligrosos que las enfermedades.

A veces oigo los pies de Mrs. Johnson en los zapatos de Chanel acercarse a mi puerta y suena el timbre. No abro. En el fondo de mi corazón la culpa del hundimiento de Anna y de la fuga de Johnson júnior y Giovannino.

Pero un día llama al timbre y lo mantiene pulsado sin parar. Le abro y me quedo pasmada en el umbral.

—Está claro que para todos yo soy la mala —dice—. La esposa bruja que abandona a

su marido y echa de casa a su hijo y a su nieto. Lástima que su marido, con setenta años cumplidos, se haga el jovencito y al día siguiente se busque a otra. No morirse y no enloquecer de dolor, vaya y pase, pero esto ya es el colmo. Y lástima que su hijo, homosexual, se empeñe en querer ser padre, y como en Italia no es posible, se vaya a Estados Unidos, ponga su esperma a congelar y alquile el útero de una mujer por cien mil euros. Debo decir que los cien mil euros son parte de lo que ha obtenido después de vender la casa de París. La casa de las Tuileries, que es de su mala madre. ¿Qué te parece? Mi hijo es el único homosexual que se lleva mal con su madre y divinamente con su padre. No hay un solo estudio sobre el tema que no hable de la difícil relación con el padre y del apego a la madre. Pero fíjate tú, precisamente mi hijo tenía que ser la excepción y esa excepción me tenía que tocar a mí. Y no hay un solo estudio que no hable de los problemas de los hombres mayores de sesenta y cinco años, que ya no tiran, que tienen la próstata inflamada. Mi marido, después de los sesenta y cinco, se despertó. Antes era un hombre normal, tranquilo, después se convirtió en un maníaco. Una excepción que, obviamente, me tenía que tocar a mí. Todas a mí, ya se sabía desde el principio. ¿Dónde se ha visto una sarda rica con un americano pobre?

La hago pasar y me dejo caer en una silla.

También Mrs. Johnson se deja caer en una silla y sigue hablando sola.

—Pobre Giovannino, ¿quién va a invitarlo, quién va a querer ser su amigo? ¿Qué niñez tendrá? Paria, escoria. Criado por homosexuales, como un pequeño Tarzán criado por los monos.

Aunque estoy destrozada por la desilusión, creo que no tiene razón porque, en primer lugar, los homosexuales no son monos y, en segundo lugar, los hijos de los heterosexuales también pueden ser parias y escoria, en cambio Giovannino es el niño más popular y al que más invitan de su clase. En el colegio sientan a su lado a los más raros, a los bribones más tremendos, que sólo se llevan bien con Giovannino, y los padres le piden a la maestra: «¿Podría sentar a mi hijo al lado de Giovannino Johnson?».

Mrs. Johnson sigue hablando sola de su hijo y de su novio parisino.

—Me ha arruinado París. No quiero ni oír hablar de París. Vendió nuestra hermosa casa para tener un niño a toda costa. Un infeliz. Ahora se ha comprado otra, en una *banlieue*.

Antes, por las noches, nuestras ventanas iluminadas, las que asoman al patio, me daban mucha alegría, ahora me entristecen y tengo la impresión de que todos se sienten solos bajo la luz artificial que se recorta en la oscuridad. París ha dejado de fascinarme, pero creo que para traer al mundo a Giovannino valió la pena vender la casa de las Tuileries.

A los pocos días Johnson júnior y Giovannino regresaron, el padre cuenta que como lo veía cansado quería que se tomara unas vacaciones y no fuera al colegio y, sobre todo, quería alejarlo de las zarpas de su abuela, pero el colegio no ha terminado y Giovannino, con ese sentido del deber que tiene, sufre.

Johnson júnior va todos los días a casa de Annina y desde mi ventana veo que habla y gesticula, seguramente quiere convencerla de que todo saldrá bien. A lo mejor con la ayuda de un ángel de la guarda. Él siempre ha tenido una gran fe en los ángeles de la guarda, la prueba de que existen es el ángel de su padre, por el que Johnson júnior siente una inmensa admiración. El ángel más estresado y más listo del más allá, dice,

siempre de un lado para otro tratando de remediar la distracción de su protegido y dilecto Levi Johnson, aunque sea judío y, por tanto, no cristiano.

—¿Qué sabrás tú de ángeles, si nunca vas a la iglesia! ¡Si no tienes respeto! —le dice Anna.

—¿Por qué la Iglesia no se atiene a lo que Dios dijo? ¡Es la Iglesia la que no tiene respeto!

Yo creía que Johnson júnior iba a ver a Annina para convencerla de que vivirá mucho tiempo. Pero no. La está preparando para morir. Annina teme que el más allá no exista. Ahora que no trabaja dispone de tiempo para leer, y en una revista leyó que los seres humanos, como no podíamos soportar la idea de la muerte, nos inventamos a Dios. En realidad, según Annina, somos realmente capaces de inventar cualquier cosa que nos haga falta. ¿No ha sido así en el caso del fuego, la agricultura, la escritura, las máquinas? ¿Por qué no Dios? Entonces, Johnson júnior, que por el contrario defiende la existencia de Dios, se lo rebate punto por punto. Es cierto que los seres humanos inventan todo aquello que les hace falta, pero en el fondo, si lo pensamos bien, no han inventado nada que no existiera ya. ¿Acaso las plantas no crecían incluso antes de que el hombre las cultivara? ¿Y el fuego que producen los rayos? ¿Y el lenguaje antes de la escritura? ¿Y el carbón antes de la máquina de vapor? En fin, claro que los hombres inventan, pero no de la nada. Entonces, a Dios tampoco hemos podido inventarlo de la nada; por tanto, ya estaba ahí antes de que lo inventáramos. ¡Por tanto, existe!

Ahora que está en cama, además de leer, Anna dice: «Ve a buscarme esto, ve a buscarme esto otro».

Con todo el tiempo del mundo para hurgar en el arcón de los libros de cuentos de hadas, he descubierto que Anna guarda allí las revistas pornográficas, junto con la ropa interior sexy, ya usada, pero metida otra vez en sus bolsas.

Pienso en Anna, con su ropa interior erótica relegada al arcón, junto con los libros de cuentos de hadas.

Porque Anna puso en práctica lo que se ve en las fotos de esas revistas.

Pero ¿lo habrá hecho por la casa? ¿Para estar en el piso de arriba? Y él, Johnson sénior, ¿lo habrá hecho porque ella se lo hacía gratis?

No. Realmente no creo que sólo fuera sexo sin amor. Tiene razón Johnson júnior, el sexo sin amor no existe. Basta con que uno de los dos esté enamorado y entonces el amor ya existe.

—Muchos se creen —dice él siempre— que nosotros, los homosexuales, como no procreamos, nos tomamos el amor como un juego. Yo siempre he puesto el alma en todas las relaciones sexuales que he mantenido. Si tengo relaciones sexuales es porque estoy enamorado. Y tú hazme caso, Calamidad, ten relaciones únicamente si te parecen un gran acontecimiento, algo espléndido. De lo contrario, arréglatelas sola. Comprendes lo que quiero decirte, ¿no? A saber la de veces que te las habrás arreglado sola.

Anna se ha quedado flaca flaquísima y los pechos se le han estropeado, sigue teniendo la mirada luminosa, eso sí, pero dentro de unas ojeras negras.

Las elefantas de la Marina acuden en su ayuda, como cuando ella era niña. Van a verla todos los días, lavan, planchan, cocinan, cada cual a su manera, es decir, según las

muchas maneras que hay en el mundo.

Yo trato de poner cara alegre para infundirle ánimo. Nos sonreímos en silencio.

—Escribiré sobre ti —le digo.

—Así me gusta, de ese modo no moriré nunca. ¡Ah, hacerse inmortal!

—Escribiré sobre ti en una novela en la que todo saldrá bien.

—¿Pero no escribías poemas?

—Ahora me dedico a la prosa. En mi novela te vengaré y Johnson sénior dejará a su esposa, renunciará a la casa y a la vida cómoda para estar a tu lado. Se presentará aquí, de improviso, con la maleta y el violín, y te dirá que te quiere y que el amor es más importante que todo lo demás. Y viviréis juntos y felices.

—¡Ah, qué buena eres! ¡Qué bonita novela! Pero para vengarme de verdad tendrás que escribir una historia que no es verdadera, pero que podría serlo.

—Sin duda: un poco de realidad y un poco de invención. Por lo demás, ¿no es eso la vida? ¿Qué sería de nosotros sin imaginación? ¿Cómo sería posible inventar de la nada?

—¡Ah, qué buena eres! Te lo pido por favor, escribe deprisa, que así me dará tiempo a leer esa preciosa novela tuya. Desde luego, las novelas las han inventado los hombres, como a lo mejor se han inventado también a Dios, pero son dos invenciones hermosísimas, ¿no te parece?

Segunda parte

Capítulo 1

Natascia no sabía cómo consolar a su madre. Pero ¿consolarla de qué? ¿De no estar más en el piso de arriba? Se habría consolado sola también esta vez y habría vuelto a meterse luego en otro lío. Pero ahora estaba enferma y Natascia temía que a su madre ya no le quedara tiempo de meterse en más líos. Lo decía tal cual y después se echaba a llorar.

Cuando oían el timbrazo tímido e indeciso de Johnson sénior no le abrían, y si Natascia estaba en casa y él insistía, ella se ponía detrás de la puerta y le decía: «¡Váyase! No vuelva más. ¡Déjenos en paz, por favor!».

Un día yo estaba sentada en la cama de Anna. Llamaron a la puerta. El timbrazo era claramente de Giovannino y ella me dio permiso para que fuese a abrir. Y sí, era Giovannino, pero su abuelo estaba detrás. El niño subió corriendo al piso de arriba, yo me adelanté a Johnson sénior, entré en el dormitorio de Anna y conseguí decirle: «Quédate tranquila». Invité a Mr. Johnson a que se sentara, pero contestó algo que no entendí y que debió de ser algo así como: «No importa, me quedo de pie», y no pasó del umbral de la puerta. No se dijeron una palabra, ni ella ni él, se los veía pálidos, con cara de afligidos. Los dos estábamos lejos de la cama de Anna, yo me acerqué para arreglarle las almohadas y él se apresuró a ayudarme, aunque no había necesidad, sólo por hacer algo. Y como el silencio se estaba haciendo pesado, dije:

—¿Qué tal? Hacía mucho que no nos veíamos.

—Todo bien, gracias. ¿Y vosotras?

—Ya lo ve. No hay motivos para estar alegres.

—Vendrán tiempos mejores. Estoy seguro.

—¿Su hijo y su nieto le han contado lo que pasó?

—Claro. Tampoco en el piso de arriba hay motivos para estar alegres.

—¿Su mujer se encuentra mal? Hace tiempo que no la vemos.

—Está muy bien, gracias. Pero ya no es mi mujer. Es mi ex mujer. Bueno, mi futura ex mujer.

Nos lo quedamos mirando con la boca abierta y él se acercó otra vez a Anna para arreglarle las almohadas.

Mi intención era dejarlos solos, pero Mr. Johnson se dirigió a Buckingham Palace y de ahí a la puerta de entrada para marcharse.

—Y su mujer, es decir, su futura ex mujer, ¿cómo se lo ha tomado? —le pregunté en la puerta.

—Ahora está contenta. Hacía tiempo que no era feliz conmigo. Yo no sabía que se pudiera ser tan infeliz con una persona sólo porque esa persona es infeliz con nosotros *and to be happy only if she's happy*. Discúlpame, hoy me siento como un muchacho y hablo como entonces, en inglés, como hace cincuenta años. Mi querida pequeña, te deseo la inmensa felicidad que nos llega de la felicidad de alguien que es feliz con nosotros. Mi mujer me quería, pero llegó un momento en que le molestaba todo lo que yo hacía o decía. De mí le irritaba todo, mi forma de andar, de estar en la mesa, de ser

distraído. Tonterías, dirás tú. Pero yo siempre tenía la impresión de que había llegado el momento de marcharse. Empecé a soñar con un pájaro negro, parecido a una cucaracha, alguien lo cogía con la mano para matarlo y él hacía crac. Pero volvía todas las noches y eso significaba que renacía todas las mañanas, para fastidiar. Yo era ese pájaro. Mientras tuve éxito mi mujer me lo perdonaba todo. Pero yo sabía que tarde o temprano eso se terminaría. Yo no era violinista. Era alguien que tocaba el violín. Y si tenía que terminar, pues que terminara enseguida. Y desaparecí de la circulación.

—Pero, Mr. Johnson, ¿entonces por qué aceptó tocar en el concierto?

—Podía hacerlo. Anna me habría querido igual aunque me hubiesen tirado tomates podridos.

—Puede estar seguro. Era muy feliz con usted. Estaba guapa, y ahora está enferma, flaca flaquísima y tiembla. ¿Sabe que tendrán que operarla del corazón?

—Me lo ha dicho mi hijo. Y si ella acepta, la llevaré a Estados Unidos. La operación es sencilla, pero está el problema de la edad, sesenta y cinco ya son años.

—¿Quién le ha dicho que tiene sesenta y cinco años?

—Mi hijo.

—¿Cuándo?

—Cuando se enteró.

Y se fue con ese movimiento de la cabeza, la inclinación imperceptible que hacen los músicos cuando termina el concierto.

Al día siguiente volvió, armado de maleta y violín, y me resultó de lo más raro asistir a esa escena, era como contemplar el sol radiante en el cielo azul, pero en un cementerio.

—¡No era mi destino! —exclamó Anna y le tendió los brazos.

—Si me aceptas —dijo el señor de arriba, corriendo hacia ella para dejarse abrazar—, aquí me tienes. Sin nada. Con mi violín. Me vengo a vivir contigo, aquí, al piso de abajo.

—Te quiero aunque no tengas nada. Nosotros somos más importantes que las cosas. Pero la verdad es que me da pena por tu mujer. Y me da pena por ti, que tienes que dejar tus cosas bonitas y cómodas.

—Mis cosas bonitas y cómodas siempre me han parecido inmerecidas. La rica es mi mujer. Todo es de ella. Yo me las gané por un malentendido. Ella amó a un violinista y yo era alguien que tocaba el violín. Siempre seré alguien que toca el violín, feliz de tocarlo. Entonces ¿me puedo quedar? Para tamborilear melodías con los dedos, todos los alféizares sirven.

—Fíjate qué fea estoy. Se me han reseco los pechos. Mira qué ojeras tan oscuras, si parece que tuviera los ojos emadurnados de maquillaje.

—Pero ¿qué dices? ¿De qué pechos resecos me hablas? ¿De qué ojos emadurnados? *You are lovely*. Como siempre.

Capítulo 2

De manera que ahora, en el piso de abajo, también vivía el señor de arriba.

Se acercaba el verano y esperábamos la operación de Anna, en otoño, con el fresco. Mientras tanto hacíamos planes para ver cómo reorganizar la casa para el nuevo huésped.

Un día Johnson júnior me dijo:

—La pediatra me ha preguntado si mi hijo sólo me tiene a mí, es decir, si, en el caso de que yo llegara a faltar, porque lo cierto es que no soy un padre jovencito, habría alguien joven dispuesto a hacerse cargo de él. No se me ocurría nadie. Pero después pensé en ti. Si llegara el caso, ¿aceptarías ser su tutora?

—Pero prométeme que no te morirás.

—Te lo prometo. Soy duro de pelar. Con la de palizas que he recibido no debería tener un solo hueso entero. Y aquí me tienes.

—¿Quién te pegó?

—Mis compañeros en las escuelas públicas, privadas, en el colegio, en Italia, en Estados Unidos, en Francia.

—¿Y por qué?

—¿Dónde vives, Calamidad? Porque soy gay.

—¿Cómo lo sabían?

—Se daban cuenta. Todos se dan cuenta, menos tú, Alicia en el país de las maravillas.

—Y tú, ¿por qué no me dijiste que eras gay?

—Porque yo soy siempre yo, sea gay o no. Nadie más que yo. Si no me llamara Johnson pero, fíjate bien lo que te digo, siguiera siendo yo, ¿no sería el mismo? Y si, siempre siendo yo, hubiese nacido en cualquier parte y no en Estados Unidos, ¿acaso no seguiría siendo yo? La cuestión es que cuando saben que eres gay es como si no les hiciera falta saber nada más de ti, como pasa en el registro civil cuando das tu nombre, apellido, fecha y lugar de nacimiento, que te expiden el documento sin mirarte siquiera.

—Quizá tengas razón. Pero cuando te pegaban, ¿ganabas?

—Ganaba siempre. No con las manos, con la cabeza.

—¡Eres un mito, Johnson júnior, gay o no, americano o no, Johnson o no!

Mrs. Johnson volvió a llamar al timbre de casa. Preguntaba si molestaba y si podía sentarse a charlar y por qué no nos tuteábamos, pero a mí no me salía tutearla.

—Estoy preocupada por Giovannino —me decía—, no se defiende.

—Si no le hacen nada malo, ¿de qué debe defenderse?

—Dice que a él no le hacen nada, pero que a los demás niños sí. Y entonces yo le pregunto: «¿Cómo es que a los demás sí y a ti no?». Y me contesta: «No sé». Me tiene

preocupada, no puede ser verdad, el problema es que él no se da cuenta. Tengo miedo de que sepan cómo es su padre, a lo mejor los niños no lo saben, pero sus padres sí. Tengo miedo de que le den de lado. Sospecho que nunca le hacen nada malo por el simple hecho de que no lo consideran uno de ellos. Sé que mi hijo ha ido muchas veces a recogerlo al colegio con ese novio que tiene. Algo monstruoso.

Pero de las últimas reuniones con la maestra Mrs. Johnson regresó confundida. La maestra le dijo que Giovannino era un paladín de los débiles, que ella sentaba en el pupitre de su nieto a los niños más desarrapados, porque en Giovannino encontraban protección, porque Giovannino, al tener un alto concepto del mundo, apreciaba a todos y, cuando para defender debía atacar, después siempre estaba dispuesto a hacer las paces, a olvidar el feo incidente. Era un niño buenísimo, pero se notaba que lo había criado un hombre solo, y que tal vez había que tener cuidado de que con los años esas hermosas cualidades no se transformaran en machismo.

—¿Machismo? —repitió Mrs. Johnson casi riendo—. Cosa de locos.

Mrs. Johnson estaba confundida, confundida y con las ideas patas arriba.

De todas maneras, en otra ocasión en que el novio de su hijo estaba en Cagliari, insistió en invitarlo a cenar. Mrs. Johnson quiso preparar con la ayuda de su criada las mejores especialidades sardas, alguna receta típica como la sopa de pescado de Oristano, almejas *alla schiscionera*, *sebadas*[12].

Al día siguiente bajó al piso de abajo, por primera vez desde que Levi Johnson vivía allí. Se disculpó varias veces, se sentó al lado de Anna y se puso a hablar de la cena. Había hecho la compra en las tiendas de los indígenas. Mrs. Johnson clasificaba a los tenderos de aquí, de la Marina, en dos grupos: los indígenas, o sea los blancos, y los no indígenas, todos los demás, chinos, senegaleses, paquistaníes, indios, marroquíes, etcétera. Omar, el amigo de su hijo, porque no le salió decir «novio», parecía un buen muchacho, de París había traído *macarons fondants* y no habían hecho otra cosa que hablar de lo hermosa que es París. Pero había una cosa que no funcionaba, una cosa seria.

Después de abrirle la puerta, su marido se había ido a tocar el violín a otra habitación.

—¡Stéphane Grappelli! *I like New York in June*. ¿Le gusta? —le preguntó Mrs. Johnson a Anna.

—Bueno, no es que el jazz me guste mucho.

—Tiene que acostumbrarse. Después lo preferirá a cualquier otra música.

Y dirigiéndose a Levi, que había vuelto a entrar en el cuarto, Mrs. Johnson dijo:

—El amigo de nuestro hijo no es un diferente normal.

—¿En qué sentido? —preguntó Johnson sénior.

—En el sentido de que es palestino.

—¿Y entonces?

—Entonces ¿no será que simula querer a nuestro hijo y en cambio, como tu madre era judía y tú también eres de religión judía, quiere hacerlo saltar por los aires?

Johnson sénior estalló en carcajadas y no podía parar. Anna nunca lo había visto reír

tan a gusto.

—No hay ningún motivo para reírse —le soltó su mujer—, fíjate que nuestro pobre Giovannino, un niño cristiano, cuando saluda a Omar, también le dice «*insha'Allah!*» y no «¡si Dios quiere!», y su padre le ha explicado que es lo mismo. El mismo Dios. Pero no es verdad. Es un Dios completamente diferente.

—Claro que es siempre el mismo Dios. El vuestro, el mío, el de Omar.

—A ti y a tu hijo todo os sirve para hacer caldo. Hasta Dios os sirve para hacer caldo.

—Esta preocupación tuya por la religión es una novedad. Nunca te había preocupado el hecho de que yo fuera judío.

—Los judíos son un caso aparte. Nadie tiene nada que objetar al hecho de que alguien sea judío.

—Claro, ahora nadie tiene nada que objetar.

—¿Qué insinúas, que en tiempos de tu madre te habría denunciado?

Capítulo 3

Natascia se preguntaba qué había visto Johnson sénior en una mujer como su madre para renunciar a todas las comodidades de su matrimonio, y qué había visto su madre en Johnson sénior para estropear por completo la estética de la única habitación bonita de su fea casa, trasladando allí la enorme cama, porque antes Natascia y su madre dormían en la misma habitación que ahora es sólo para la hija.

Yo también me lo había preguntado y también Johnson júnior, pero él había encontrado una respuesta.

—Imagínate que llega alguien de otro planeta —dijo—, y que no sabe nada de la Tierra, y que Annina es la primera terrícola con la que se encuentra. Estoy seguro de que el alienígena decidiría establecerse aquí para siempre porque pensaría: «Si todos son como Anna, éste es un lugar donde merece la pena establecerse». Mi madre y yo siempre sospechamos que papá era de otro planeta y que no se sentía a gusto en la Tierra, y ya ves, al final acabó conociendo a Annina.

—La conoció tarde —dije con pena.

—A lo mejor en su planeta calculan el tiempo de otra manera.

A Natascia le dije que recogiera sus cosas y que se viniera a vivir conmigo. Se puso contentísima, el único problema era que su novio no debía verme de ninguna de las maneras y por ello no debíamos invitarlo jamás a subir a casa.

Las cosas que se trajo Natascia me permitieron comprender hasta qué punto era pobre y cuánto llegaba a ahorrar. Le ponía jabón o esmalte a las carreras de las medias o bien se las metía un poco más dentro del zapato. Tenía un neceser floreado con productos de belleza que, seguramente, eran puro detergente, porque ¿cómo era posible que un gel de baño de medio litro costara dos euros?

Desde que Natascia se mudó conmigo, mi tía vino a verme con frecuencia. Seguro que estaba celosa de lo bien que me entendía con los vecinos. Decía que a ella, que desde la desgracia era mi tutora, ni siquiera la llamaba por teléfono y que cuando yo iba al pueblo a ver a mi madre no iba a visitarla, y que, si ella no se invitaba sola, podía esperar sentada. Y que ni siquiera me ponía demasiado contenta al verla, porque seguro que esperaba que se fuera para poder estar en compañía de esa que parecía mi nueva familia estafalaria, en la que no se sabía quiénes eran los padres, quiénes las madres, de quién eran los hijos y cuáles eran las esposas. *Unu misciamoroddu*. Un berenjenal. *Su mundu a fundu in susu*. El mundo patas arriba.

Johnson júnior decía que mi tía era un ser divino. En el sentido de que era el Espíritu Gilipollas hecho hombre. No una simple gilipollas, sino la encarnación misma de la Gilipollez y, ante semejante milagro, no nos quedaba otra que rendirnos e ir en peregrinación hasta su casa, o conseguir que nos diera una reliquia o cosas por el estilo.

Un día mi tía se presentó con cara de tener que decirme algo importante y urgente.

—Es un capricho que vivas en Cagliari —dijo— al fin y al cabo, el coche de línea tarda apenas media hora del pueblo a la ciudad. Además, esta casa no es sólo tuya, también es mía, de mis hijos, de mi marido. Este primer año de universidad lo hemos hecho así en nombre de tu infelicidad. Pero esto no puede seguir así.

—Natascia sólo ocupa una habitación. El año que viene vendrán también los primos. ¡Estaremos todos la mar de bien! —casi grité.

—No. Mis hijos no piensan en venir a Cagliari. Por media hora de viaje no hace falta. Tampoco en tu caso haría falta. Lo mejor es vender y darle a cada uno lo que le corresponde. Tú tendrás tu parte.

—¡Pero si esta casa ha estado siempre vacía! Al hacernos mayores dejamos incluso de venir en vacaciones. Sólo alguna vez, cuando había algún trámite que hacer en la ciudad y nos quedábamos medio día. ¿Por qué no la alquilamos a estudiantes? Yo me quedo con mi cuarto, los otros pueden alquilarse, Natascia también pagará algo. ¡Ya me encargo yo de buscar a los inquilinos!

—No. Los estudiantes destrozan las casas y después para reparar los daños se gasta más de lo que se gana. Lo mejor es vender y repartir el dinero. Recibirás tu parte. No tienes que preocuparte. Si te emperras y quieres quedarte en la ciudad, podrás usar el dinero que te toque de la venta y alquilar durante años una habitación en alguna parte.

No le dije a Anna que me iba. Me quería demasiado y a lo mejor le daba un ataque al corazón antes de que la operasen. Tampoco se lo dije a Natascia ni a Johnson júnior. A él por tres motivos: primero, me hubiera echado a llorar y él se habría enfadado y habría dicho que soy una trágica, ni que tuviera que dejar mi tierra en una patera de inmigrantes ilegales; segundo, se habría plantado hecho una furia en casa de mi tía, sin avisarme, y a saber qué habría podido decir o hacer, incluso habría podido pegarle, como amenazaba con hacer con la maestra, con mis padres y mis abuelos y con cuantos no me habían querido; tercero, se disponía a irse de vacaciones con Giovannino y Omar y no quería amargarle el viaje.

De modo que se lo conté a Mrs. Johnson, que me escuchó en silencio, sin hacer comentarios, pero después me acribilló a preguntas.

—Pero, vamos a ver, ¿tus abuelos no compraron la casa para ti? Quiero decir, ¿a nombre de quién está?

—A nombre mío y de mi tía, así que es de todos.

—Un momento, pequeña mía, la mitad de la casa es tuya, imagino que a partir de la mayoría de edad, y la otra mitad es de tu tía. De todos los demás, es decir, de tus primos y compañía, será cuando tu tía se haya muerto.

—Por favor, Mrs. Johnson, no hablemos de muerte.

—De acuerdo, hablemos de los vivos. Ahora tu tía quiere vender, pero ella sólo es dueña de la mitad de la casa, porque la otra mitad es tuya.

—Así es.

—Escúchame bien: si te negaras a vender, tu tía sólo podría vender su mitad. ¿Y quién iba a comprarle un trozo de apartamento con una sola entrada, un pasillo estrecho, un solo baño y media cocina? Niégate a vender y ya verás como se resigna a alquilárselo a los estudiantes, tú podrás quedarte tan ricamente en tu mitad y problema resuelto.

—Pero entonces mi tía dejará de quererme, me odiará.

—Y en caso contrario, tú la odiarás a ella.

—No, yo nunca odiaré a nadie. Haré lo que me pide mi tía.

—Has tratado demasiado a mi marido y a mi hijo y te han influenciado. Tú también te has convertido en una alienígena.

Me dieron incluso ganas de reír, pero me volví para mi casa desconsolada.

Al día siguiente me telefoneó.

—Sube, que he hecho una *tarte tatin*, así te doy la receta y se la pasas a los extraterrestres que te han mandado aquí para comprender los secretos de este mundo.

Subí al piso de arriba. En el fondo era amable y el problema no era asunto de ella.

—Come, pequeña mía, que estás adelgazando demasiado —dijo en francés, como siempre que quería mostrarse amable y misteriosa.

—No volveré a comer en la vida y me moriré.

—Morir, morir, en cuanto hay alguna dificultad a todos nos entra esa obsesión con la muerte. ¿Tan importante es seguir viviendo aquí? ¿En este edificio de locos?

—Aquí vive mi familia.

—¿Y yo quién sería, tu abuela?

—Sí. Mi abuela. La verdadera. La única.

—Yo no soy la abuela verdadera de nadie.

—¿Reniegas de Giovannino?

—No. Lo adoro. La cuestión es que yo no soy la verdadera madre de mi hijo. Como no podíamos tenerlos, lo adoptamos. Pero nadie lo sabe. Ni siquiera él lo sabe. Lo hicimos todo en Estados Unidos. Fuimos a recogerlo a Brasil, era recién nacido, y después vivimos un año en Nueva York; yo quería que fuese neoyorquino, qué contenta estaba. Si hubiese sabido que era gay, lo habría dejado en el cubo de la basura, donde lo encontraron.

—No me lo creo. Quiero decir, me creo que no es hijo vuestro, pero no que hubierais sido capaces de dejarlo en el cubo de la basura.

—Por fin me tuteas. Entonces soy tu abuela de verdad.

—¿Y el parecido? ¿Nadie ha notado nada?

—Nadie. Todos decían que, al ser hijo de una sarda, era normal que fuese tan moreno.

—Las famosas cosas normales.

—*Très bien...* Ahora que Levi se ha ido al piso de abajo, su habitación está libre para ti, aquí en el piso de arriba. Finjamos que soy tu abuela de verdad.

—¿Y Natascia? ¿Puede venir también Natascia?

—No me siento la abuela de Natascia. Me cae fatal. *Impudente, sfaccia*, una descarada. Pero de acuerdo, haré como que es una judía a la que hay que esconder, que estamos en los años cuarenta, en París, después de la ocupación nazi. Lo hago en

memoria de mi suegra. Mi hijo no te ha dicho nada para no arruinarte las vacaciones, pero ¿sabías que para el nuevo curso se vuelve a París?

—¿Y Giovannino?

—*Mon dieu!* Giovannino se queda aquí.

—¡Gracias a Dios! Siempre ha dicho que se quedaría, que no renunciaría nunca al mar dentro de Cagliari.

—Su padre le ha dado libertad para elegir. Lo admiro por eso. Le explicó cómo serían las cosas en París. Le dijo que ese tal Omar viviría con ellos.

—¿Y Giovannino?

—Dijo que quiere a Omar, pero que no puede estar siempre cambiando de sitio y que Cagliari es lo más hermoso del mundo.

—Si Dios quiere, *insha'Allah*, al menos nosotros seguiremos juntos. Por lo demás, ¿cómo se las arreglaría sin el mar? Casi todos los días vamos a la playa, haga el tiempo que haga.

—*Ma petite fille*, tú no sabes qué alivio sentí cuando el niño dijo que se quedaba, y seguro que no fue por el mar. Ni por egoísmo. Me comprendes, ¿no? Un padre es importante, pero también lo es una vida normal. Giovannino ha resultado ser el más sabio de todos. ¡Por una vez, Dios me ha concedido una gracia y al menos me ha dado un nieto que no es una excepción!

Capítulo 4

Un día, antes de que terminara el verano, Natascia me dijo:

—Estoy embarazada. Si tengo que suicidarme, debo darme prisa y conseguir esa cápsula de cianuro, pero parece ser que el veneno para ratas también funciona.

—¡Natascia! ¡Pero si es estupendo! Tu novio te quiere y no te traiciona y se pondrá contento con lo del niño.

—Ésos son puros cuentos. Mejor un suicidio preventivo. Morir y ya está, basta de movimiento, de resistencia, de control de las situaciones, de miedo a los adioses. Que todo siga como tenga que seguir, total, yo no estaré.

—¿Y el niño?

—Mejor para él si no nace. Sería mejor para todos si no hubiésemos nacido.

—Pero la vida también está llena de cosas bonitas, ¿o no? Si estás embarazada, quiere decir que has hecho el amor con tu novio. ¿No es maravilloso hacer el amor?

—¡Ya, el amor! Relaciones sexuales sí, muchas. En el coche, porque no tenemos adónde ir y ya sabes que no quiero que suba a tu casa. Él está loco por mí. Tú nunca has visto la ropa que me pongo cuando salgo con él.

—¿Qué ropa te pones?

—Si no te has fijado, dejémoslo estar.

—¿Qué tal se te da el sexo, eres muy buena?

—Siempre tengo ganas. En cuanto me toca me humedezco. Él dice que soy una máquina de guerra del sexo.

—¡Una máquina de guerra del sexo! Entonces no tienes nada que temer. Nunca te dirá adiós. Y se alegrará por lo del niño.

—Yo, al menos en mi maldita familia, quería hacer las cosas como es debido, rescatar a mi abuela, a mi madre, salir de esta maldición de hacer las cosas al revés de como deben hacerse.

—¿Y qué es eso de hacer las cosas como es debido?

—Pues hacerlas en el momento adecuado. Por ejemplo, primero te casas y después tienes hijos.

—Giovannino y Johnson júnior están a punto de regresar. Johnson júnior tiene que recoger sus cosas. Hablaremos con él, él sabrá qué es lo mejor, ya lo verás. Lo sabe siempre, aunque digas que lo que hizo él con Giovannino es contrario a la naturaleza. La contraria a la naturaleza eres tú, que te quieres morir estando embarazada.

Telefoneé a Johnson júnior y le pedí que viniera enseguida, sin esperar al final del verano, porque él era el único que podía hablar con Natascia y convencerla de que no se suicidara, y a lo mejor también podía hablar con el novio, en caso de que no quisiera al niño, y convencerlo de lo bonito que es tener hijos con quien se ama, porque hay casos en que no es posible. Pero, sobre todo, hablar con Annina, sin que le dé un ataque al corazón antes de que la operen.

Capítulo 5

Íbamos a disfrutar de la playa del Poetto con Giovannino antes de que terminara el verano, antes de que empezaran las clases, antes de que yo hiciera el equipaje para mudarme al piso de arriba, antes de que a Natascia le creciera la barriga, antes de que metieran las manos en el corazón de Anna.

En septiembre el Poetto está precioso. Más que en el resto de las estaciones. A veces tengo la impresión de que las olas son más leves, aunque con un sonido más decidido y terco. Tal vez porque en septiembre el verano ya es viejo y tiene que disfrutar de lo que le queda por disfrutar, con obstinación.

Mrs. Johnson también venía con nosotros, en autobús, ella que siempre había ido en taxi. Pero ya no era lo bastante rica como para ir en taxi a todas partes. Cogíamos el autobús en la parada de la plaza Matteotti, en la cabecera de línea, hasta nuestro sitio, mío y de Giovannino, donde no hay quioscos pero sí una fuente de esas antiguas, de hierro verde, para beber agua.

El Poetto, ese septiembre, fue nuestro escondite. En la playa el tiempo tenía su propio ritmo, independiente del de la vida cotidiana. En días despejados, los rayos de sol le daban al agua una transparencia total y un tono esmeralda. Alrededor de nuestros pies bailaban sin miedo pequeñas mabras. Si llegábamos temprano, el promontorio de la Sella del Diavolo surgía en medio de una levísima niebla matutina. Para nosotros pasar allí unas horas era como regresar al mundo perfecto, divino, del que todo ser humano sabe que procede y por el que siente nostalgia.

Tres generaciones de náufragos, la vieja, la joven y el niño. Fondeados en una playa de arena suave y blanca, ya no tenían problemas. Realmente mis padres habían sido dos jovencitos inmaduros. Me entraban ganas de hacer que vieses el mar con mis nuevos ojos.

Sentadas cada cual en su toalla, mientras Giovannino corría feliz con esa manera que él tiene, como si persiguiera algo bonito que merece la pena ser alcanzado, Mrs. Johnson se me quejaba de las familias ruidosas y no me dejaba pedirle a nadie que nos vigilara las bolsas para poder bañarnos los tres juntos, porque según ella era *gaggio*, o sea, hortera. Me confesaba que a ella también, que se consideraba una vieja bruja, le habría gustado echarse un novio, porque lo único que quieren nuestros corazones es amor. Y pensándolo bien, la mejor edad para enamorarse es justamente la vejez.

—¿Por qué? —le preguntaba.

—Porque a vuestra edad, la tuya y la de Natascia, tarde o temprano el amor se termina.

—¿Se terminará para Natascia y su novio?

—Creo que sí.

—¿Y entre Johnson sénior y Anna?

—Que quede entre nosotras, pero ¿a ti te parece de veras que a Anna le gusta tanto el jazz?

—Johnson sénior seguro que le gusta con locura. El jazz, no lo sé. A ella le encantan las canciones de la iglesia, la música de los Beatles, las arias de las operetas. Me he fijado en que antes nunca cerraba la puerta cuando Johnson sénior tocaba. Ahora sí que la cierra. Cuando le pregunté por qué, me contestó que lo hace porque así él se concentra mejor.

—Sabemos perfectamente que no es verdad.

—¿Para ellos también se terminará?

—No. Pero será porque no les dará tiempo a cansarse el uno del otro. Se morirán antes. Ésa es la única ventaja auténtica de la vejez. A mí también me gustaría aprovecharla. Pero para que la cosa acabe con un broche de oro, elegiré a un señor respetable, sensato, de esta tierra, en una palabra, completamente distinto a Levi, y a lo mejor, por qué no, rico, para ir otra vez en taxi a todas partes y renovarme el guardarropa. Con todo este desbarajuste a mí también me han entrado ganas de rarezas. Yo, que siempre he sido normal.

—¿Para Natascia y su novio se terminará aunque ella sea una máquina de guerra del sexo?

—*Ma petite fille*, ¡tanta obsesión con las máquinas de guerra del sexo y vas y te cortas al cero esa preciosa cabellera!

—Quiero convertirme en chico.

—¿Para conquistar a mi hijo? *Malheureuse!* ¡Pobrecilla! De todos modos, con el tiempo, terminamos cansándonos hasta del sexo. Y si Natascia decide tener a ese niño, el novio se le irá incluso antes.

—Seguro que Johnson júnior la convence de que lo tenga, está en ello y algo inventará.

—Ah, claro, para él todo es fácil. ¿Qué quieres que invente? ¿Precisamente él, que tuvo un hijo para echarlo a perder? ¿Sabías que el niño ha decidido irse a París con su padre y el Omar ese?

Entonces Giovannino también se marchaba, todas las personas que quería en mi vida se marchaban.

En ese momento, Giovannino se acercaba a nosotras.

—¡Hoy las olas son ensordecedoras! —gritaba, pero yo no lo oía.

Sólo quería dejar de existir, no haber nacido nunca. Miraba mis zapatos, colocados al lado de la toalla, y pensaba en cómo serían sin mis pies dentro, vacíos para siempre. El mundo puede hundirse y desaparecer de un momento a otro.

Capítulo 6

Johnson júnior intentó hablar conmigo muchas veces. No le respondí al teléfono, ni le abrí la puerta cuando venía a tocar el timbre. Al final mandó a Giovannino.

—¡Alice! ¡Alice! —me llamaba detrás de la puerta—. Alice, sé que estás en casa y que no quieres volver a vernos, ni a mí ni a papá. Pero yo no fingía cuando decía que Cagliari es la ciudad más hermosa del mundo y que quería quedarme aquí para siempre. No mentía cuando te decía que para mí tú eres mi mamá. Pero yo quiero ir donde va mi padre. No es verdad que sea malo, como decís la abuela Uргу y tú.

—¿Ahora la llamas abuela Uргу?

—Papá me ha dicho que ya no es más la abuela Johnson, ahora Annina es la abuela Johnson. Papá me ha dicho que te dijera que si quieres, te puedes venir tú también a París con nosotros. No hace falta que trabajes, puedes estudiar y nada más, porque él y Omar ganan suficiente para ti y para mí, que no trabajamos.

—Dile que lo pensaré. Pero no me gusta vivir a costa de nadie. En Cagliari me las arreglo con el dinero, pero en París seguro que no.

Entonces oí que se reía, detrás de la puerta.

—¿Por qué te ríes?

—Porque papá ya se imaginaba que ibas a decir eso y piensa que puedes contribuir haciendo tus sancochos, tus asados sudorosos, tus tortillas babosas, tus sopas con verduras flotando como pecios.

No conseguía decidirme. ¿Debía irme a París con ellos? ¿Mudarme al piso de arriba con Mrs. Johnson? ¿Regresar al pueblo con mi madre, que al menos era mi madre de verdad, aunque estuviese loca?

Entretanto retomamos nuestros paseos por el Poetto, Mrs. Johnson, Giovannino y yo.

—Ahora Giovannino te llama abuela Uurga —le dije un día a Mrs. Johnson, que, sentada en su toalla, a mi lado, miraba el mar.

—Es mi apellido de soltera. Su padre quiere que se acostumbre a ser sincero y como ya no soy Johnson, vuelvo a ser Uurga.

—Estoy pensando en irme a París.

—*Ma petite fille...* ¿Te parece buena idea?

—Dicen que no hay ningún problema. Nos apretaremos un poco. Según Omar, es decir, según el profeta Mahoma, donde comen dos, seguro que pueden comer tres. Donde comen tres, comen cuatro, y así sucesivamente.

—De paso, ¿por qué no vamos todos, yo, Levi, Annina, Natascia, su novio, *le petit bébé*, y por qué no van también tu madre y la chica que la cuida? ¿Qué problema hay? Para comer, le echamos un poco más de agua al caldo y así alcanza para todos. *Couper la soupe!* Vamos a ver, niña, hazle caso a la abuela Johnson, o Uurga, ¿qué vas a hacer tú en París con un hombre que no es tu marido, un niño que no es tu hijo, el Omar ese que no es tu cuñado? Te gusta escribir, si hasta te llamas Alice, escribe tu aventura «Al otro lado del espejo», pero haz una vida normal, ten una familia normal.

—¿Y cuáles son las cosas normales? —le pregunté.

—¡Esas que hacen la mayoría de las personas! Ser normal es cuando te pareces a todos los demás.

—¡No, porque si estás loco y te internan en un manicomio te pareces a todos los demás locos, pero no eres normal!

—¡Las cosas normales son las naturales!

—En la naturaleza hay de todo.

—¡Son las cosas en las que lo de abajo está abajo y lo de arriba está arriba!

—Pero eso no quiere decir nada. Porque cuando hablamos de las cosas, las que no son normales, todo depende de cómo nos las tomamos.

—En eso tienes razón, pueden ser una condena, pero también un recurso, y si no, fíjate cómo corre feliz mi nieto Giovannino. ¿Sabes que me encanta venir al Poetto?

—¿En serio? Yo tengo la impresión de que delante del mar todo parece más ligero, los problemas vienen con las olas, y ellas después se los llevan.

Tercera parte

Capítulo 1

Estoy segura, porque ya la conocía bien, de que con el último destello de luz antes de la oscuridad, Annina pensó que en el fondo era de esperar que su corazón maltrecho no saliera bien parado.

Y al comprender que tenía muy cerca precisamente a la muerte, pensaría que tal vez no es tan fea como la pintan, que tal vez morir es algo dulce y que después se estará mejor.

Pero la última parte de su vida había sido realmente la más hermosa. La luz del piso de arriba. ¡Ah, el piso de arriba! ¡Y Mr. Johnson, cuando en la novela se presentó en el piso de abajo armado de su maleta y su violín! ¡Ah, qué buena escritora fui! ¡Con las novelas el alma vuela!

MILENA AGUS

Cagliari, noviembre de 2011

Agradecimientos

En este libro todo está patas arriba, incluso los agradecimientos. De modo que recién ahora me acuerdo de darle las gracias a mi amigo Beppe Napoleone, porque sin él, que fue a quien se le ocurrió, mi novela *La imperfección del amor* no habría tenido título.

Sobre la autora

Milena Agus, nacida en Génova y afincada en Cagliari (Cerdeña), debutó de forma fulgurante en 2005 con la novela *Mientras duerme el tiburón*, obteniendo de forma inmediata el reconocimiento unánime de crítica y público. Se consagró poco después con *Mal de piedras* (2006), novela que la haría acreedora del Premio Elsa Morante y finalista de los prestigiosos galardones Strega y Campiello. Posteriormente ha publicado, entre otros títulos, *Las alas de mi padre* (2008) y *La imperfección del amor* (Alfaguara, 2010). Traducida a veinte idiomas, su obra ha cautivado a más de un millón de lectores. *Alice* es su última novela.

ALFAGUARA


Título original: Sottosopra

© 2012, nottetime, srl

© De la traducción: Celia Filipetto

© De esta edición:

2012, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos — Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.com

ISBN ebook: 978-84-204-0316-8

© Imagen de cubierta: Carmen Pastrana

Diseño de interiores realizado por Santillana Ediciones Generales, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño S. L.

www.mtcolor.es

 PRISA EDICIONES

Alfaguara es un sello editorial del

Grupo Santillana

www.alfaguara.com

[1] Pobrecito.

[2] Alegre, en sentido irónico.

[3] ¡Dan ganas de cagar!, en sardo meridional, expresión utilizada para referirse a quien se da aires de importancia.

[4] Entrometida, en sardo meridional.

[5] Un piojo resucitado, se dice de los pelagatos que se enriquecen y luego se dan aires de grandeza.

[6] ¿Un poquito de sopa?, ¿Pasta con salsa de tomate?, ¿Raviolis de patata?

[7] ¡Que sale el patrón y va hecho un pincel!

[8] ¡Pobrecita, la niña no tiene ninguna culpa!

[9] Lanzado a la playa por la marejada.

[10] Pueblerina.

[11] Para morir de risa.

[12] Las almejas *alla schiscionera* se preparan con ajo y perejil y se sirven, un tanto caldosas, sobre una rebanada de pan frito. La *sebada* es un pastelillo redondo hecho con sémola fina de trigo duro, relleno de queso *pecorino* y frito en aceite de oliva. Se sirve caliente, con miel de madroño o azúcar. (*N. de la T.*)